

344

Fol. VI

ESTUDIO

SOBRE LA

CARESTÍA DE SUBSISTENCIAS

SU ORIGEN: SUS CONSECUENCIAS: MEDIOS DE EVITARLA

POR

D. BENITO CERVIGÓN Y LERÍN

Abogado del Estado
y Decano del Colegio de Guadalajara

MEMORIA

Premiada con accesit por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
en el concurso ordinario de 1884

"Inter folia fructus."



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1888

A-2/5

Tit. 114787

C.B. 327204

Q. 48/2

ESTUDIO

SOBRE LA

CARESTÍA DE SUBSISTENCIAS





ESTUDIO

SOBRE LA

CARESTÍA DE SUBSISTENCIAS

SU ORIGEN: SUS CONSECUENCIAS: MEDIOS DE EVITARLA

POR

D. BENITO CERVIGÓN Y LERÍN

Abogado del Estado
y Decano del Colegio de Guadalajara

MEMORIA

Premiada con accesit por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
en el concurso ordinario de 1884

"Inter folia fructus.."



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1888



DEPOSITO



10000327204

Ca-48/2 R/F.314

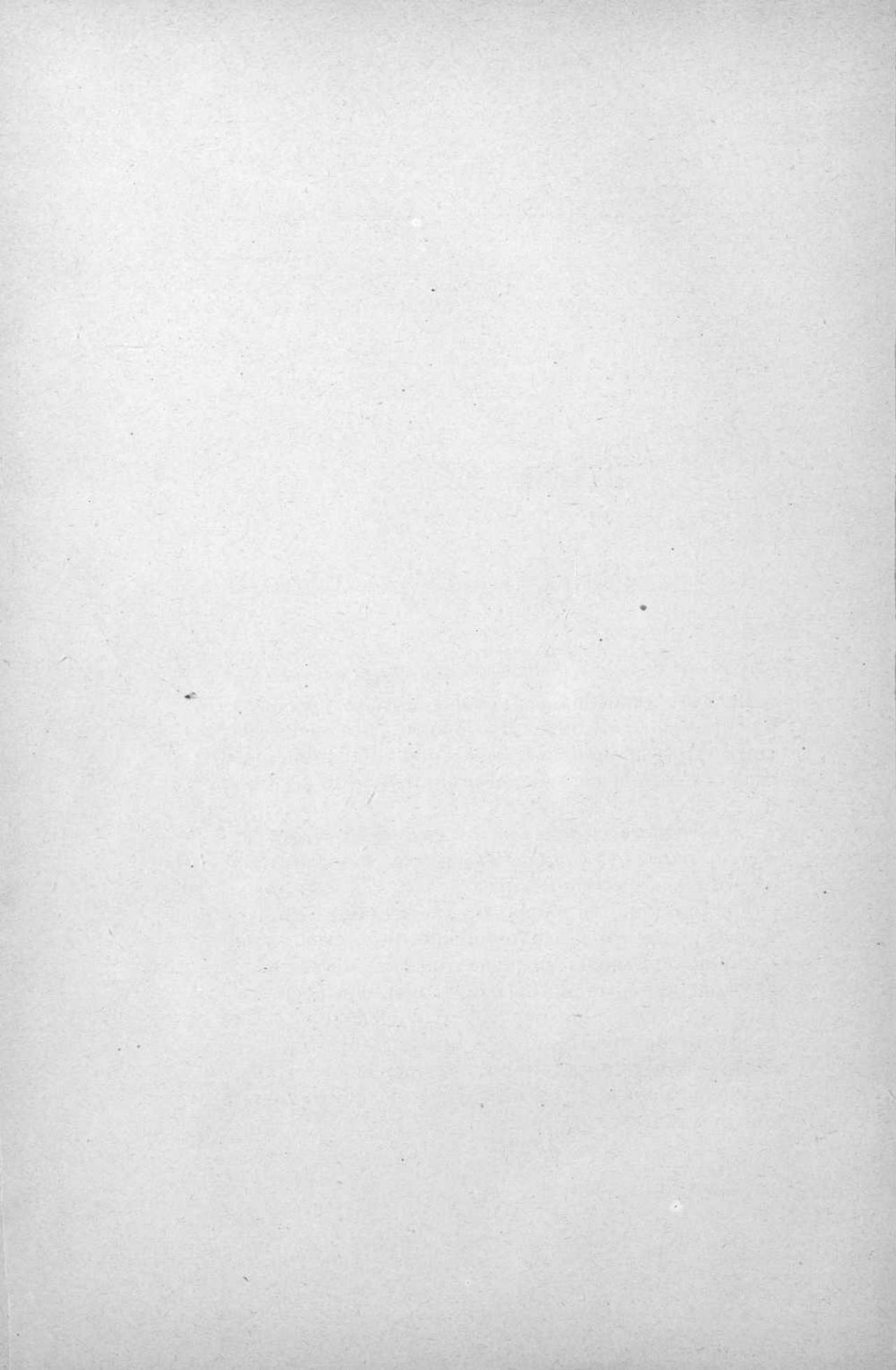
Ca-2/5

Artículo 43 de los Estatutos de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

“En las obras que la Academia autorice ó publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. El Cuerpo lo será únicamente de que las obras sean merecedoras de la luz pública.”

TEMA

''La carestía de las subsistencias: sus causas: sus efectos: medios de evitarla y de promover la baratura en el comercio de los artículos de primera necesidad.''



INTRODUCCIÓN.

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ha tenido á bien abrir un concurso para esclarecer, entre otros, el siguiente tema, que es el primero en orden de los que contiene el programa de 26 de Junio de 1883.

La carestía de subsistencias: sus causas: sus efectos: medios de evitarla y de promover la baratura en el comercio de los artículos de primera necesidad.

Fío á mi humilde pluma, á pesar del poco tiempo de que dispongo, el desenvolvimiento del mismo, y sin parar mientes en la pequeñez de mis fuerzas acudo al palenque, entrando en liza, si bien con poca esperanza de hacer algo nuevo, útil y agradable, con el propósito de aportar á obra tan laudable, un buen deseo y una voluntad despertados por la importancia del tema y por la de los problemas económico-sociales que entraña.



A esto se debe, que emplee mi flaca inteligencia en la demostración de las verdades científicas que con el punto puesto en discusión se relacionan, á pesar del desaliento que me infunde el considerar mi pequeñez, y la autoridad, el prestigio y la ciencia que atesora la conspicua entidad á quien dedico mis desvelos. Hago, pues, los más fervientes votos por que este modesto trabajo no sea indigno de ella.

CAPITULO PRELIMINAR.

La carestía de los artículos de primera necesidad. — Alcance de la palabra **subsistencia**. — Cosmopolitismo del hambre. — Efectos de la miseria. — Máximum y mínimum de la necesidad.

La carestía de subsistencias es una frase cuyo valor no es absoluto y sí relativo, pues supone siempre mayor ó menor abundancia de medios para adquirir los artículos de primera necesidad. Entiendo, pues, que no es posible considerar aisladamente la idea que provoca, pues nuestra inteligencia marcha en derechura á compararla con las fácultades adquisitivas, del que los va á utilizar.

Es esto tan exacto que aun suponiendo que el precio de las subsistencias se duplique, si se cuadruplican al par, los objetos, el dinero, los mēdios, en fin, de adquirirlas, la carestía no llegará, la abundancia reinará por doquiera, el bienestar descenderá sobre la región favorecida, la moralidad aumentará, y la salud, el orden y la alegría acompañarán á aquel bienestar.

Una excepción apunto que contraría esa regla general. La de que exista desproporción entre las existencias de artículos de primera necesidad y los deseos que acuden á satisfacer. En este caso único, cuando la producción de sustancias alimenticias sea escasa, en parangón con las necesidades y los individuos que las

sienten, por grandes que sean los medios de que éstos dispongan, habrá un excedente de necesidades, y los objetos que las remedian serán, más que caros, raros; su adquisición estará erizada de dificultades, y no hay que dudarle, tomará su precio alto vuelo. La compra supondrá un sacrificio y una victoria.

Mas, en general, la carestía de las subsistencias bajo el punto de vista relativo desde el cual la considera el tema, supone desproporción entre el precio de las mismas y los elementos de que se dispone para allegar aquel precio. Supone necesidades apremiantes y falta de recursos para satisfacerlas, supone el vacío en la caja y en el estómago. Existe, pues, relación inmediata entre la bolsa y la vida.

Así entendido el epígrafe de este capítulo, parece lógico exponer aquí la extensión y el significado que se atribuya á la palabra *subsistencias*, á fin de precisar el alcance del tema y de limitar este trabajo á lo que en él mismo se exige.

La palabra subrayada se deriva del verbo subsistir, y si de relaciones etimológicas tratáramos, acudiríamos á la lengua latina para descubrir su origen. Proponiéndonos tan sólo apreciar su sentido y aplicar su significado en el caso actual, abandonamos aquel camino, y aquilatando su valor y analizando su empleo, no estudiamos su origen, ni su genealogía filológica, y nos concretamos á manifestar que, si bien apreciada en su más amplio sentido, comprende la palabra *subsistencias* no sólo lo necesario para el mantenimiento del hombre, sino también el vestido y la habitación; aquí se limita su extensión y se aplica, única y exclusivamente á los alimentos, tanto porque la necesidad que éstos satisfacen, es la más urgente y la más imperiosa de cuantas siente la humana flaqueza, como por ser las que más prontamente se renuevan, las más naturales,

las más imprescindibles. Aun así entendido, es extenso el campo que descubrimos, pues el sér racional, á diferencia de los animales, tiene necesidades más variadas, apetitos más exigentes, gustos más refinados. Verdad es que para satisfacerlos dispone de más medios; que convierte en sus esclavas las fuerzas de la naturaleza; que administra sabiamente el vapor y la electricidad; que le acorren con sus verdades la ciencia, con sus perfecciones la industria, con su actividad y con sus solicitudes el comercio; pero, á pesar de todo, aun en medio de las facilidades que nos ofrece el medio social en que vivimos, al lado, rozando casi, á los que tienen satisfechas todas sus necesidades, existen pocos en verdad, pero algunos, que carecen de lo necesario, luchan desesperados, languidecen y mueren.

Es un hecho y un hecho indudable, que en todas partes, hasta en las naciones más prósperas y aun dentro de éstas, en sus más ricas comarcas, hay seres infelices, entes desvalidos, personas infortunadas que no conocen la hartura, y cuya extrema necesidad, vecina, ya que no compañera de la miseria, los sume en un mar de aflicciones.

Entre éstas elige la muerte sus más numerosas víctimas, y aquí acude y apunta la estadística y nos presenta sus más aterradoras cifras, para demostrarnos que la miseria es el más eficaz de los auxiliares de la Parca. En estas clases menesterosas, una oscilación en el precio de las subsistencias, su encarecimiento en el período estival, ó más frecuentemente durante el invierno, produce levas espantosas, podas tremendas en el árbol de la vida. Y no concretamos la observación á cuerpos combatidos por los años y ajenos de muy atrás á la lozana juventud; la extendemos á todas las edades, pues á todos afecta por igual la falta de alimento, en

todas determina enfermedades y puede acarrear la muerte.

La historia en sus frías páginas ha escrito, y Say nos lo enseña, que en la carestía que se sintió en 1793 en Francia, los pobres acogidos en el hospital de Bicetre murieron casi todos; mortandad horrorosa, pues por lo general contenía aquel establecimiento de cinco á seis mil. La carestía impidió que se les proporcionasen alimentos suficientes y adecuados en cantidad y calidad, y los pobres asilados se precipitaron á cientos en la fosa.

John Burtón afirma que en siete distritos fabriles de Inglaterra, el número de muertos estuvo en relación con el precio de los granos, aumentando en proporción directa á la subida ó carestía de aquéllos, según comprueba con el auxilio de una tabla que presenta.

Juan Bautista Say, aplicando la observación á los niños, apunta con excelente acuerdo, que en igual número, tomados de la clase pudiente, mueren la mitad menos que si hacemos la observación en los de la clase menesterosa. Verdad es esta demostrada por las menos escrupulosas estadísticas.

Tiene, pues, según estamos viendo, inmenso valor un bocado de pan; á veces una vida, una familia dependen del más frugal de los alimentos, del más grosero.

Los residuos que arroja de su mesa el opulento, constituyen un festín para los necesitados, para los Lázaros, y hay tantos que no es extraño hayan llamado la atención y preocupado el espíritu de hombres doctos y humanitarios y hayan elegido y hayan sacado á plaza el tema objeto de este trabajo.

La miseria es causa también de muchos crímenes. En los países pobres, ó en aquellos que aun siendo ricos en industria y de feraz territorio se halla aglomerada la riqueza en pocas manos, y es numerosa la gente

pobre, necesitada y dependiente de aquéllos pocos que poseen el poder y la fortuna, menudea la turba maleante.

Aquellas cabezas resultan pequeñas, aquellos focos ó centros de luz limitados y de escasisima fuerza para iluminar, dirigir y regularizar las funciones de tan inmenso cuerpo. La sangre de la vida no llega en estos organismos á todos sus miembros, y los más alejados, faltos casi en absoluto de tan precioso elemento, se paralizan, se corrompen y mueren moral y materialmente.

El crimen y el presidio, la muerte y el cementerio, he ahí su patrimonio. No tratamos de investigar las causas que han dado origen á organizaciones tan viciosas; mas sí habré de ocuparme, en sazón oportuna, de los dolores que producen, de los gritos que arrancan, de los desórdenes que engendran, y de los males sociales que esta perturbación económica acarrea.

Por último y para concluir esta parte, estableceré otro de los términos de la ecuación que creo haber descuidado. El relativo á determinar el justo medio de la necesidad que vienen á llenar los alimentos.

Fijar la medida exacta, la cantidad de alimento necesaria para conseguir aquella satisfacción nos es imposible. Varía con la edad, con el régimen de vida; se deja influir por la raza, por el clima, por el temperamento, por la ocupación, y especialmente es mudable en cada hombre; sería preciso hacer tantas observaciones como individuos. Hay que abandonar este camino y elevarnos de este análisis á la idea sintética que es su resultante, y apreciar en general aquella necesidad y hacer su proceso y vigilar su marcha, no en el individuo y sí en la especie, no en el hombre y sí en la raza humana, unida á la tierra por el estrecho vínculo de su endeble cuerpo, al cual sólo presta energía, sólo da

valor el espíritu que contiene. En general podemos determinar el máximo y el mínimo de la necesidad que los alimentos satisfacen, y sin descender á detalles, asentar que el mínimo será la cantidad de alimento que cada hombre, sea cualquiera su raza, su voracidad, su deseo, necesita para conservar la vida sin que su cuerpo sufra menoscabo: es tener asegurado el consumo de lo meramente indispensable para que sus funciones orgánicas se hagan con regularidad. Es el elemento preciso que la máquina humana demanda; rebasándole el límite dentro del cual se notan alguna ó muchas faltas: se carece de algo. Y el límite máximo es aquel que separa al hombre satisfecho del ahito; al hombre rico, pudiente y amigo del buen trato, del gastrónomo, del voraz, del glotón; es la línea que separa el banquete y la buena mesa de la orgía, la esplendidez del derroche.

CAPITULO PRIMERO.

Causa de la carestía de subsistencias. — Ojeada retrospectiva. — Importancia de la agricultura y de la ganadería. — Estado actual de nuestras clases labradoras. — Elementos de la producción. — Materia. — Jovellanos y su época en parangón con la nuestra. — Estorbos que subsisten. — Fuerza. — Trabajo del hombre.

Variadas y complejas son las causas que encarecen los alimentos. El mal, cual la hidra, tiene muchas cabezas, y si bien nuestro brazo no es tan hercúleo que pueda cortarlas, cúmplele á nuestra pluma señalarlas. Allá, en lo antiguo, las tasas, la reglamentación, la policía de abastos, el desorden y la mala distribución de los impuestos y aun los descabellados planes de los arbitristas, aceptados, á veces, por Gobiernos poco previsores, fueron la ola, y ola monstruosa que elevó hasta el cielo, en ciertas épocas, los artículos de primera necesidad. Tan altos los colocó, que eran contados los que podían obtenerlos.

Al par que el precio de aquéllos crecía, menguaban las fuerzas, escaseaba el dinero, se dificultaba la formación de capitales y se enseñoreaba el hambre de la masa de la nación. ¡Qué tiempos! La abundancia huía despavorida al áspero són de las trompas guerreras.



La hoz yacía ociosa, mientras la espada centelleaba por doquiera y completaba la obra. El convento repararía sopas, y sus hombres de armas cuchilladas. Los clérigos lanzaban excomuniones, en vez de apremios, contra los morosos que no satisfacían el tributo que tenían arrendado. Renovábanse los buenos tiempos de los depredadores romanos. Creábanse empréstitos; que no ha sido nunca flaca en inventiva la codicia. Arrojábanse los judíos y moriscos, decaía la agricultura, decaía la ganadería, disminuía la industria, aflojaba el comercio, nacían las compañías privilegiadas de navegación, prosperaban los usureros, aparecían las leyes suntuarias, y en medio de tanta ruina, sólo resistía el fisco, sólo crecían los impuestos, se multiplicaban, al compás que las calamidades. ¿Pero á qué hundir la mirada en la historia, á qué recordar aquellos tiempos, si debemos recoger nuestras fuerzas para contemplar los presentes? No despreciaremos su enseñanza, pero no es nuestra misión ocuparnos de lo pasado.

¿En lo presente hay carestía? ¿Hay violaciones de las leyes económicas? ¿Es fácil la vida? ¿Hay instituciones que atacan en su germen ya la creación de capitales, ya la producción? ¿Depende esto del aumento de la población? Veámoslo:

El hambre es un hecho, no es pura fantasmagoría.

En nuestra España, por desgracia, es un mal muy conocido y muy experimentado, puede apreciarse fácilmente su existencia. Es planta que arraiga por todas partes, la producen la escasez de las subsistencias y la escasez de medios; me ocuparé, pues, con separación de estas dos causas. He aquí nuestro campo: á falta de amenos prados tiene profundas simas. Sondémoslas, si tal esfuerzo no nos abruma.

Se dejará sentir la escasez en España si no se produce, ó si la producción de artículos de primera nece-

sidad es escasa y no se subsana la falta, y se consigue el equilibrio, produciendo mucho de otras cosas que podamos dar en cambio. Causará los mismos efectos que la escasez la carestía de los productos, puesto que ésta sobreviene á veces aun cuando haya abundante cosecha y grandes reservas, ya en virtud de los manejos de los acaparadores por lo que respecta á ciertos artículos de imprescindible consumo; ya porque éste se fuerza en determinadas ocasiones como sucede en tiempo de guerra, ya por último, y es lo más frecuente, si agigantan el coste de producción las dificultades y los riesgos del arrastre y las crueles enormidades del impuesto de consumos. Desvían unas y otras el precio del producto del que atento á los gastos hechos para obtenerlo le asigna el productor y cuanto más se aleja y cuanto más huye de aquel tipo, más necesidades asedian al consumidor, menos facilidades encuentra, más escaseces sufre, mayores apuros le cercan.

Ocúpanse en la producción frumenticia la industria agrícola y pecuaria, llamadas las dos pechos de la nación por Sully, y en verdad que son las más importantes de cuantas solicitan la voluntad del hombre, porque tienen por objeto ofrecernos productos orgánicos é inorgánicos, cuyas propiedades, en cierto estado, permiten que se las asimile el cuerpo humano, constituyendo una fuente perenne de vida. Su misión más sagrada é importante que la de las Vestales, es la de mantener vivo é intenso ese fuego, esa misteriosa luz, cuyos destellos irradian más allá de nuestro cuerpo, cuyas vibraciones ponen en acción nuestros músculos, excitan nuestra sensibilidad ó despiertan nuestra inteligencia. Sin industria frumenticia, sin algo que comer ó beber, no ya la civilización ni aun la vida es posible. El estómago, pues, es un servidor imprescindible de la cabeza y del corazón. Suprimidle, y

habréis muerto al hombre. Sobreponedle á sus dueños y los habréis convertido en bestias; peor aun, en Vitelios.

Dichas industrias, la agrícola y la pecuaria están poco adelantadas en nuestra patria, se produce poco y malo y se vende caro, porque los errores, lo mismo que las verdades, se eslabonan, se llaman unos á otros. Se produce poco, aunque se habla mucho de lo feraz y privilegiado que es nuestro territorio y nada más fácil que probarlo. Suponen una buena y abundante producción, un cultivo ó una explotación sabiamente dirigidos, procedimientos adecuados y bien entendidos y elementos para todo esto, y en España, las labranzas ó la cría de ganados se plantean en malas condiciones, se atiende al deseo y no se cuentan los recursos, pues bien á menudo sólo se dispone de los que proporciona el trabajo corporal. Mas sin esto, aun contando con la propiedad de la tierra, resulta que, si se carece de capital, no pueden comprarse instrumentos ó utensilios adecuados para arreglarla, preparándola para la producción. Los conocimientos teóricos no son patrimonio de los labradores; muy al contrario, el empirismo y la rutina son sus guías. Es bien cierto que en el laboreo, cultivo y explotación de las tierras entra por mucho la práctica, acaso más que en otra industria cualquiera; mas con todo es convenientísimo conocer la calidad de los terrenos, la formación del suelo vegetal, su composición, los abonos que admite y deducir de aquí el género de producción, al que puede dedicarse y la forma más adecuada de explotarla. Aun teniendo conocimiento de todo si falta capital, y no es pequeño el que una bien entendida explotación agrícola necesita, no sólo no pueden emprenderse las labores con oportunidad, ni hacer las necesarias, ni emplearlo como instrumento poderoso de producción agrícola ó

bien como anticipación que hace necesaria el sustento del explotador hasta que la recolección se haga y el fin que se propone acaezca; ni emplear semillas convenientes ó primeras materias, sobre las que se va á operar; ni mejorar las fincas; ni hacer obras; ni montar ingenios; ni aderezar artefactos, que á todo esto acuden el capital, el interés y el cuidado del que lo posee y sabe manejarlo.

Los malos efectos de la carencia de un capital que es necesario se dejan sentir más allá, y ya la producción obtenida, que menguada ha de ser en tales condiciones, el pobre agricultor, el modesto ganadero necesitan vivir, tienen necesidades, procuran satisfacerlas, cuentan con el capital que representa el grano de sus trojes, el vino de su bodega, ó el ganado de su aprisco; ya su único deseo es venderlo en buenas condiciones; para ello han menester aguardar la oportunidad de llevarlo al mercado; mas la vida humana tiene exigencias imperiosas, el flaco cuerpo apatitos, la resistencia física y moral un límite, rebásanlo las circunstancias, y el productor ofrece sus esquilmos en malas condiciones, fuera de sazón cuando hay más oferta, pero impedido por la más dura de las leyes, por la necesidad, que remedia por de pronto pero que vuelve y se renueva, como el cáncer que produce el vicio de la sangre. Tal es el proceso de la producción en nuestro país; pero hagamos más á conciencia su examen, analicemos sus elementos.

Concurren á la producción tres elementos: la materia, con las propiedades que á Dios plugo concederle; la fuerza, los agentes naturales que operan sobre aquélla; y por último, aparece como el más importante de todos los elementos el trabajo del hombre, la actividad de éste sobre la materia, poniéndola en condiciones para que los agentes naturales, actuando sobre el

suelo, descompongan las sustancias á propósito, y merced á la luz del sol y á la humedad del suelo, á su capilaridad, á las influencias de la atmósfera, extraiga un árbol de una semilla, una fruta de un hueso, una espiga de un grano.

Examinemos estos elementos, y de este examen deduciremos el desarrollo que alcanza la producción agrícola y pecuaria entre nosotros.

Materia. — Nos la proporciona nuestra península, ventajosisísimamente situada, circundada por dos mares: de los cuales, el uno, el Mediterráneo, nos abre el comercio de Oriente; el otro, el Atlántico, al extender su húmedo manto por la vieja Europa, acaricia con sus ondas, antes que ningunas otras, las españolas playas. En él somos la avanzada y el centinela para el comercio con las Américas, en las que, por si algo nos faltara, tenemos naciones hermanas, á las que hemos dado nuestra sangre y nuestra lengua, y aun hoy les damos nuestros hijos. Africa, á una hora de navegación, nos brinda con su conquista si no por las armas, por nuestra superior cultura, ideal nacional que sólo aguarda un gobierno estable, fuerte y robusto para realizarlo.

Nuestra situación es buena, ¿mas lo es nuestro territorio? Cincuenta millones de hectáreas mide aproximadamente, rebasando, aunque en corta cantidad la extensión apuntada, que se descompone en un 51 por 100 de tierras á propósito para el laboreo, y que se cultivan en su mayor parte, un 16 y 1½ por 100 de prados y pastos, abundando aquéllos en las provincias del Norte y Nordeste; en alguna del centro, como en la de Salamanca, y careciendo de ellos casi en absoluto las demás; 9 y 1½ por 100 de bosques y monte bajo, y



en un 23 por 100 ocupado por montañas, ríos, lagunas, caminos, carreteras y pueblos.

De esta materia laborable, menos de la tercera parte, ó sea un 30 por 100, es de tierras de secano dedicada casi en su totalidad á cereales, un 1[80 por 100 de tierras de regadío, un 3 y 1[2 por 100 dedicado á viñedos, un 2 por 100 á olivares, un 16 y 1[2 á prados y pastos, un 9 por 100 á bosques y monte bajo, y un 23 por 100 de terrenos estériles, ya por su naturaleza, ya por su destino, á caminos, viviendas, cauce de ríos, etcétera, y un 14[20 por 100 de tierras que no se labran, mas pueden ponerse en cultivo.

De esta tierra cultivada se extraen principalmente cereales, vino y aceite, y no me fijo en producciones como la de naranja, caña de azúcar y otras por ser muy limitadas, si bien podría dedicarse mayor terreno y aumentar y engrandecer su cultivo.

Cosecha de cereales.—Es la más importante, tanto por su cantidad como por constituir el casi exclusivo alimento de la generalidad de los españoles y de la totalidad de nuestra gente del campo, excepción hecha de los cultivadores en las provincias de Salamanca, Ciudad-Real y Toledo.

El término medio de producción anual en España, de trigo, tranquillón, centeno, cebada, maíz y garbanzos, no se sabe exactamente, pues son muy deficientes las estadísticas con que contamos. La oficial es á todas luces inaceptable, pues nos dice que producimos de treinta y dos y décimas á cuarenta millones de hectólitros. D. Fermín Caballero la fija en ciento tres, y Mr. Samuel Rougles, en setenta y cuatro millones, y relacionando estas cifras con el número de hectáreas dedicado á este cultivo, habremos de convenir en que

la última de las cifras citadas es la más aproximada, resultando, por lo tanto, que ascendiendo á 14 millones de hectáreas las dedicadas á cereales, nos dan un producto de poco más de cinco hectólitros por hectárea, promedio insignificante que nos coloca á la zaga de las naciones de Europa, singularmente de Francia, Bélgica é Inglaterra, en las cuales la producción es de 15 y 17 hectólitros por hectárea respectivamente, merced á los adelantos que han introducido en el laboreo de las tierras, y en la siembra y recolección de cereales, métodos que á la vez les han permitido disminuir y reducir los gastos de explotación. Y concreto la observación á Europa, porque si á extenderla fuera á América, la proporción sería más desventajosa; tales milagros hacen la fecundidad del terreno, la industria y la ciencia del hombre, y el cultivo de tierras vírgenes y por modo admirable preparadas, amén de una buena administración é impuestos poco crecidos, y por tanto muy tolerables y llevaderos. Esta producción que hoy obtenemos se diferencia apenas de la que obtenían las manos muertas, las corporaciones, que absorbían y vinculaban la propiedad en nuestra patria, y he aquí la primera, la más importante de las causas que producen la carestía.

Se produce poco y caro, y es lógico que no se venda barato.

Causas de lo limitado de la producción. — Quedaría incompleto tan importante punto si no analizáramos las causas que originan que la producción sea tan limitada, investigando las prácticas que la contrarían y detienen y los obstáculos que á su perfección se oponen.

Tiempo hace que al ocuparse el ilustre Jovellanos de este mismo importante asunto, señaló con segura

mano, con levantado criterio, con primoroso estilo, con clara y perspicaz mirada los obstáculos que al desarrollo de la agricultura se oponían en nuestra patria.

Ya antes que él habían apuntado esos obstáculos escritores de siglos anteriores, entre otros Caxa de Leruela, Juan de Arrieta, Gonzalo de Cellorigo, Pedro de Valencia, Lope de Deza, etc.

Su vasta erudición y su poderosa inteligencia, ayudadas y realizadas por un estilo mágico, dieron vida á su magnífico informe. Algo hemos adelantado de entonces acá; mas los obstáculos subsisten y si bien han cambiado de forma muchos de ellos, otros persisten y no podemos jactarnos de su desaparición. Quedan los bastantes; y son tan sólidos y tan fuertes, que forman un dique que contiene el incremento natural á que la producción tiende.

Dividía aquél eminente varón los obstáculos, los ángeles malos de la producción agrícola en estorbos políticos, morales y físicos. Entre los primeros consideraba los baldíos, no ya tolerados sino permitidos y protegidos y fomentados por leyes empíricas y defectuosas, las propiedades concejiles, entonces muy en boga y muy bien aprovechadas por los caciques de campanario (es antigua esta plaga), con ayuda de sus inseparables fieles de fechos, los privilegios del honrado Concejo de la Mesta, la amortización civil y eclesiástica y otros de menos monta que todos han desaparecido; mas apunta otro y es la anarquía y mala distribución de los impuestos, y éste fuerza es confesar que no sólo subsiste tan erguido y formidable, sí que acaso se haya acrecentado.

Deficientes los amillaramientos, cartillas imperfectas de evaluación, tipos de contribución muy subidos, aspereza, rigidez, guerra sin cuartel al pequeño, al modesto labrador, métodos draconianos al distribuir,



al recaudar, contribución á la tierra y al producto, capitación al agricultor; impuesto de sal, arrendadores sin entrañas, administración que no administra, que no protege, desconocimiento absoluto de la materia imponible, de todo hay y es lo bastante para que pueda considerarse como un obstáculo y nada exagero, como un estorbo colosal.

Cartillas evaluatorias, amillaramientos, colección de datos nada conformes con la naturaleza de las cosas, dignos instrumentos, dúctiles y dóciles servidores de la administración que los utiliza: á su sombra se cometen los mayores absurdos, se alargan ó se encogen, son boas para el pobre labrador, suaves y holgados lazos para el hombre de pró, para el grande propietario. En ellos se sanciona el absurdo de que el palacio de un grande de España con extensos jardines, situado en la capital de la monarquía y cuyo valor asciende á muchos millones, se evalúe y amillare en igual cantidad que la menguada hacienda y las escuálidas bestias de un pegujalero alcarreño. En otra parte vemos que el territorio de un pueblo, el más feraz, el mejor cultivado, el más importante y poblado de una comarca, paga menos que el de una pobre aldea. En otra parte aprendemos el arte de reducir las fanegas á celemines, la hectárea á diez áreas, las tierras de regadío á secano, las primeras calidades á peñascales, y ciento y mil errores y abusos, pues pueblo hay en que han desaparecido las hojas correspondientes á algún propietario, en otro se han volatilizado las tres cuartas partes del territorio; por donde quiera, en fin, se advierten abusos, y se acumulan errores. Pues bien; esta es la base del impuesto territorial, en el cual se desconoce lo principal, ó sea la masa, la materia imponible. Mas estos errores son de trascendencia, pues nuestros arbitristas dicen: á pocos bienes para contribuir mucho impuesto, y señalan

tipos exorbitantes, y afirman en documentos oficiales que son insostenibles esos tipos, pero que como hay ocultaciones considerables, contando con éstas, resultan llevaderos, y en efecto, para los susodichos estadistas sí son tolerables, mas para el pobre que nada oculta, que paga por todo lo que posee, es la contribución un censo abrumador. Comprenderíase tan peregrina teoría si se ocultara por todos los contribuyentes en igual proporción, sustrayendo al impuesto la quinta ó cuarta parte de sus bienes inmuebles, mas no siendo así, y presintiéndose las ocultaciones en las grandes propiedades, séame lícito apuntar la frase bíblica, que los peces gordos se comen á los chicos, siendo cosa rara que aquéllos á pesar de su tamaño, se deslicen y escapan por entre las mallas de la estrecha red fiscal y queden presos en ella los liliputienses, los pequeños propietarios.

No hay perecuación en la distribución del impuesto, ni es sistema racional el adoptado, pues asigna un rendimiento determinado á la contribución, deduciendo un tipo fijo de una cantidad imaginaria, de un líquido imponible que es una incógnita, que la administración no ha tenido la fortuna de resolver y es precisamente un dato importantísimo, porque lo menos que puede pedirse á la administración es que averigüe la extensión territorial, la materia imponible, que acabe con las ocultaciones, que modere los tipos, ó siquiera que exija á cada cual lo que con arreglo á sus bienes y á sus facultades debe pagar. La contribución es una amenaza constante para el pobre labrador y de tal índole, que ó se modera ó le arruina. Actualmente, su única salvación es ocultar valores, sustraer parte de sus tierras á la acción del fisco. El pequeño propietario no puede hacer esto, de aquí que sucumba y prosperen las grandes labranzas. Al morir como propietario sigue

sintiendo necesidades. Es un productor menos y un consumidor más.

Una de las causas que todos los economistas señalan como la más favorable al progreso de la agricultura inglesa es la de que en 1692, cuatro años después del advenimiento del príncipe de Orange al trono, se hizo una evaluación general de las rentas territoriales del reino y se fijó el impuesto en la cincuentena parte de esta renta y desde entonces no se ha alterado este tipo y sigue siendo la base del impuesto territorial en el Reino Unido. Compárese aquella fijeza, aquella seriedad con nuestros perpétuos cambios y aquel módico impuesto con el nuestro. ¿No es verdad que parece lógico que allí haya capitales dedicados á la agricultura, de los que aquí carecemos? ¿Y que allí se esfuerce el labrador en mejorar sus tierras y en hacerlas producir, porque á ello le brindan la modicidad y la fijeza del impuesto? ¿No es cierto que no merece la pena de ocultar nada á un impuesto tan duradero, ni á un gobierno tan sensato y tan prudente? ¿Concíbese allí la situación de nuestro labrador, á quien el Estado pide relación de su riqueza y al darla, se ve en la alternativa ó de faltar á la verdad ó de arruinarse, pues como no tiene seguridad en que los tipos se respeten, teme fundadamente que se eleven, y que el Estado fije la renta que más le plazca á la extensión territorial que le pertenece? ¿No es lógico y natural el estado próspero que allí alcanza la agricultura y la decadencia de la nuestra?

Recientemente se ha dado un ejemplo que viene á corroborar cuanto queda dicho, y á demostrar lo desdichada que es la inventiva de nuestros estadistas, cuyo único talento parece ser el de arruinar al país sin que éste se aperciba. Rebajóse el tipo de la contribución territorial, del 21 al 16 y resultó tal enredo, que no hay

frase más gráfica, dadas las condiciones en que se hizo la rebaja, que justamente alcanzó á aquéllos que no la merecían, y los demás siguieron contribuyendo al 21, á pesar de demostrar muchos pueblos que no ocultaban un palmo de terreno, y á pesar de promesas seriamente hechas, como que constan en leyes y en documentos oficiales. La intención del autor de este pensamiento es la de obtener al 16 la misma recaudación que al 21, y aunque esto no es un trabajo imposible, como no existe una estadística en que fundarlo, excepción hecha de la antigua que se hizo en el siglo pasado bajo los auspicios del insigne Marqués de la Ensenada, sucedió que no fué posible alcanzar ni con mucho la cifra presupuesta, y ante aquel inconveniente que debió preverse, se dijo: Los pueblos que al 16 por 100 cubran el cupo que les señalo contribuirán á ese tipo, mas los que declaren un líquido imponible que no consienta aquella amplitud seguirán pagando al 21. Hoy se han uniformado los tipos, ¿mas cómo? Pues muy sencillo, señalando la Administración el líquido imponible que le pareció conveniente. En ningún país civilizado ocurre esto, y si bien todas las clases contribuyentes sufren aquí algunas plagas, ninguna es tan especial como la que á la contribución agrícola se refiere. Omito los escándalos, los cohechos, los fraudes escandalosos á que dieron lugar las comprobaciones sobre el terreno; pero no puedo excusarme de probar una afirmación que antes he apuntado: que la rebaja del tipo sólo ha aprovechado á los pueblos ocultadores, á los que no la merecían. Si no coincidió dicha rebaja, llegó á tiempo de aprovechar los datos contenidos en las cédulas declaratorias de riqueza presentadas con anterioridad. Los resúmenes de éstas hicieron ver que algunos pueblos daban aumento sobre la riqueza que tenía reconocida la Administración, y estos pocos

obtuvieron beneficio de la rebaja; pues bien, estos pueblos tenían grandes ocultaciones, hay alguno que sólo contribuye con poco más de la tercera parte de su término; hay otros en que esta ocultación se combina con la de calidades, y otros que presentan cartillas evaluatorias tan especiales, que la obrada ó peonada de viña de primera calidad sólo figura ó se le asigna un líquido imponible de 17 reales. Y estos pueblos, por evitarse una comprobación que descubriera el manejo, dieron algún aumento y se conformaron con el líquido imponible, con los rendimientos que les fijó la Administración, y estuvieron y siguen beneficiados, mientras que agonizan y perecen con carga tan excesiva los demás, los mismos con quienes lindan. Y como aquéllos son la excepción triste es decirlo, pero es exacto; en esta situación sólo el que oculta vive; el agricultor honrado, sincero patriota, que son la inmensa mayoría, se arruina.

Esta situación influye por modo directo y lastimoso en la producción, pues en primer lugar no se crean capitales, y ya sabemos cuán necesarios son para mejorar y cultivar esmeradamente las tierras. En segundo término, los productos de la tierra sobrecargados con el grave fardo del impuesto que aumenta los gastos, resultan carísimos. En tercer lugar, no es posible cambiar ni alterar los cultivos, porque esto se traduce por de pronto en un retraso y en pérdida del producto por más ó menos tiempo, y el labrador no puede aguardar, porque ni tiene ahorros, ni consiente demoras el recaudador. ¿Qué importa, pues, que haya mucha y buena tierra? ¿Qué importa que dispongamos de excelente materia? Antes que el producto se obtenga, antes de que se ofrezca al consumidor, llega el Fisco y lo encarece. Antes de que llegue la mejora se ha arruinado el productor; antes de que se importe la máquina, se ha quedado sin tierras el innovador.

Son los de siempre nuestros estadistas, los mismos retratados por Caja de Leruela, González de Cellorigo, Mata y otros muchos de nuestros antiguos escritores.

Derramaban, dicen, la miseria en lo interior del reino, mientras que en lo exterior engañaban á amigos y enemigos con la estéril gloria de las armas. Hoy hay una desventaja, que ya el engaño es imposible, de suerte que ni aun ese mísero y pobre recurso nos queda.

La guerra civil, que llevó la inseguridad á nuestros campos, ha convertido en yermos algunos antes cultivados y en jornaleros algunos labradores; la inseguridad, la voracidad y la rapiña, aumentan cuando la gente de armas recorre en són de guerra el territorio, y la alarma y el temor hacen que se cultive poco y mal. Siempre, pues, que peligre el orden público ó se anuncien trastornos se resentirá nuestra producción agrícola, y por desgracia, en nuestra España la era de las revoluciones y de las guerras civiles no termina nunca.

Estorbos morales.—Enumera entre ellos Jovellanos la falta de ciencia en nuestros gobernantes, su ignorancia en la ciencia económica y estadística, y en los particulares la falta de conocimientos agrícolas. De todos nos ocuparemos.

Nuestros gobiernos de vida efímera, compuestos de hombres dedicados en cuerpo y alma á la política, muy dados, por regla general, á las discusiones del parlamento, diestros en ardides, mágicos incomparables en punto á elecciones durante las cuales reproducen en muchos sitios el milagro de los panes y de los peces, no se curan ni han tiempo para tanto de

investigar á conciencia las causas de la decadencia de nuestra agricultura, ó el por qué á pesar de estar el trigo barato, se vende caro el pan.

A lo sumo, si el rumor crece y el clamor de los hambrientos arrecia, si la voz pública pide á grito pelado que se ponga coto á tal escándalo, se crean un par de hornos reguladores en la capital de la monarquía. Salvadora medida por cierto, con la cual los que sentían la carestía, se familiarizan más y más con ella, pues si antes compraban poco pan porque estaba caro, después no pueden comprar ninguno, y la invención del horno sólo sirve para paliar localmente un mal de la localidad: al sostenerlo el Municipio lo hace á expensas de sus administrados y suspendiendo algunas obras, ó bien limitando muchos servicios y de un modo ó de otro dejando sin jornal á centenares de infelices.

No es porque falte capacidad á los miembros de todo gobierno para administrar; pero así, en general, esos conocimientos profundos y detallados, ese espíritu paciente, investigador, perspicaz, despreocupado, que observa y descubre el mal y acude á su remedio, que prevé el peligro y marcha cauto á hacerlo abortar; este don, esta ciencia, este interés no preocupa á nuestros gobiernos llegada la carestía, patente el desequilibrio, al descubierto la enfermedad, la crítica, la acusación de imprevisores que les lanza el país, los inquieta, altera su serenidad y los sumerge en un caos de dudas y de vacilaciones, de las que nada robusto ni viable puede surgir, ó bien los precipita á adoptar medidas que tienen mucho parecido con el blanqueo de la fachada de una casa que se arruina. Sus opositores más que de remediar el mal, se curan de alcanzar el poder. No dan remedios, sino estocadas; ponen al descubierto la herida, pero no aplican el bálsamo que debe curarla. Son los médicos en consulta, retratados por un cáustico

escritor, que procura cada uno ser á la reputación de los demás, lo que entre todos fueron á la vida del enfermo que agoniza y parece aguardar para morir, el fin de la discusión.

Recientemente, hace pocos años, cinco ó seis, hubo carestía en España, no precisamente porque faltara el trigo sino porque no había dinero para adquirirlo al precio que se le asignaba; pues bien, el Gobierno ni aun se atrevió á declarar libre la introducción de cereales. Es más: no son estos los conocimientos que se exigen á nuestros gobernantes, sino más bien el de que conozcan el importe de nuestra producción, las causas que producen su escasez y su mala calidad, y los remedios más adecuados para remediarlo todo.

Para tal conocimiento, son auxiliares importantísimos, indispensables, excelentes estadísticas, y posee únicamente las del cuerpo electoral, y sólo cultiva con amor las de la plantilla del personal, porque tampoco suelen dejarle tiempo para más ya otro político más astuto, ya un amigo disidente, ya un motín ó una cuartelada que al ver lo rápido y lo imprevisto de su aparición, diríamos que se producen por generación espontánea en nuestro pobre país.

Inútil es recorrer la *Colección legislativa* buscando algo que tienda á quitar un estorbo, á evitar un inconveniente, á remover una traba que entorpezca la mejora de la agricultura ó se oponga al aumento de la producción. Encontraremos tan sólo lo de siempre, algún que otro empleillo creado con tan plausible fin. Hállanse desprovistos nuestros campos de pobladores, pero como el Ministro no los ve ni tiene lugar para tanto, los deja como los encontró; el negocio del día es lo principal y su único desvelo, y cuando no su ansia suprema, su ideal, es la conservación del poder, cuyas bases son recaudación fructuosa y abundante, impuesta



sobre cuanto se agite, brille ó valga en la tierra, en el mar ó en el cielo. Máquina electoral dócil, obediente, un prodigio de mecánica que moldee la voluntad del país, que la incube ó la triture si es preciso. Un elemento de fuerza, un gran ejército importa poco que sea bueno con tal que valga en lo interior para lo que los productos de la máquina en el parlamento. Tan graves ocupaciones, y las con ellas relacionadas, roban la calma y acaparan todo el tiempo de que disponen los pilotos del Estado. El caso es que la nave no abandone ciertas aguas, aun cuando no pueda carenarse nunca. El instinto de conservación así se lo aconseja y las vidas ministeriales se pierden en nuestro país al menor descuido. Un ministro trabajador, entusiasta, reformista es un azar feliz para las oposiciones.

Los particulares, es decir, los labradores no tenían en tiempo de Jovellanos conocimientos teóricos; ¡pobrecitos, andaban tan atrasados como los de nuestros días! En cambio, muchos de ellos sabían latín ó lo habían estudiado, y aun buena copia de cultivadores en esta época ostentan un título científico que de fijo les hará suspirar al pensar cuánto más fácil no es obtenerlo que asegurarse una buena cosecha.

La patria de D. Quijote es tierra donde abundan los sabios oficiales, menudeando los títulos de licenciados y los literatos, pero escasean bastante los buenos industriales y los buenos productores, primeros causantes de la abundancia. ¡Ah! me olvidaba; lo que más abunda son las sabidurías oficinescas, que constituyen todo un ramo aparte y aun más que ramo, tronco robusto, fruto espontáneo del presupuesto en el cual anidan el intraducible oficial y el imperturbable y hoy absorbente tiralíneas, criaturas ridículas, que escudadas con su ley y con su fuero constriñen, trastornan y agotan al pobre labrador, y en general al contribuyente, haciéndole

sudar para ganar su propio pan mucho más de lo que el pobre hombre traspira para producir el de todos. Sé de esto sabrosas y entretenidas historias que contaría si creyese era ésta ocasión oportuna. Ya volveré respecto á esto, y precisaré más, y quedarán probadas y al alcance de la mano las observaciones que preceden.

Estorbos físicos. — Dice Jovellanos que no había canales de navegación, ni carreteras, ni buenos puertos de comercio. En esto justo es confesar que hemos progresado. Hay ya bastantes ferrocarriles y carreteras, pero falta mucho para obtener lo necesario á nuestra redención. Repútase verdad inconcusa que una comarca bien poblada y bien cultivada necesita, cuando menos, un kilómetro de carretera ú otra vía de transporte por cada kilómetro cuadrado, y en España por desgracia, tenemos la siguientes vías: en carreteras del Estado, 21.200 kilómetros; en provinciales, 1.000 escasos; en vecinales, 1.500; en ríos navegables, 700; en ferrocarriles, 8.251; en junto, 32.651. Este total, esta exigua suma nos permite apreciar una de las causas de la carestía de nuestras subsistencias. En vez de aquella proporción que hemos estimado necesaria, sólo tenemos en cada kilómetro cuadrado una pequeña raya de sesenta y siete metros de extensión, mientras que Francia, Inglaterra, Bélgica tienen más del kilómetro, y Alemania y Suiza tienen muchos más que nosotros. Los transportes en nuestro país en tales circunstancias y teniendo en cuenta lo quebrado del suelo y el mucho volumen de los productos agrícolas, han de resultar caros; han de aumentar el precio del producto.

Fuerza. — Mas continuemos con otro de los elementos que hemos asignado á la producción: fuerza. Existen en España manantiales fecundos y prodigiosos de fuerza mecánica, ¿mas sabemos aprovecharlos? Ciertamente que no.

El agua cuyos saltos nos brindan con la fuerza que puede desarrollar su peso, se pierde sin que nadie se cuide de recogerla. No nos esmeramos en la crianza de los animales de labor: los más útiles los destinamos en su inmensa mayoría, á que perezcan, recreando bárbaramente nuestros ojos en los circos ó plazas de toros; no cuidamos de mejorar ni afinar las razas, como cuidan en los demás países; así es que por doquiera vemos cuartagos escuálidos, rocines mal trazados y disformes con menguado desarrollo, mal alimentados, adornados con atalajes sucios llenos de remiendos y nada á propósito; usamos modos de uncir iguales á los que usaban los primitivos pobladores; unas norias, unos rodeznos, unos molinos que nada tienen que envidiar á los de las naciones más atrasadas; estamos, en este punto, en pleno siglo xv; los adelantos de la industria no han hecho mella en nosotros, pues si se rompe una tuerca de una máquina no hay quien fabrique otra, ni quien funde ó lime piezas, ni quien amolde y prepare una tira de suela que en contacto con el árbol, ponga en movimiento el mecanismo, y en tales condiciones el producto ha de ser mezquino y su obtención en demasía costosa. El vapor es punto menos que desconocido en las explotaciones agrícolas.

Trabajo del hombre. — Este es el tercer elemento que hemos asignado á la producción; y en este lo mismo que en los anteriores, hemos de confesar que luchamos

con desventaja, no porque nuestra raza sea inferior á las demás que pueblan los continentes, sino porque está mál mantenida, porque es evidente que produciéndose poco y resultando caro, el trabajador no está bien nutrido, y además porque es poco instruído y le faltan conocimientos teóricos indispensables para realizar con más provecho y mayor perfección su trabajo.

Queda explicada aunque á grandes rasgos, una de las causas de que nuestra producción sea escasa. Cultívase mal, persisten obstáculos que al desarrollo de la agricultura se oponen; no se emplean ni se dirigen bien las fuerzas de que disponemos, y el trabajo del que se alimenta con escasas legumbres ó con caldo de grelos no puede ser ni muy sostenido ni muy intenso.

Mas no son estas, por desgracia, las únicas causas. Instrumento necesario para la producción agrícola es el capital, y éste falta á la mayor parte por una razón, porque el trastorno constante en que vivimos no abona la colocación de fondos en empresas como ésta que requieren estabilidad. Además, los capitales van allí donde los solicitan mayores ganancias y son problemáticas las que les ofrece la agricultura en nuestra patria, y como son mucho más seguras y más sólidas las garantías que hallan en empresas extranjeras, allí acude una buena parte; otra no pequeña especula con el Estado ya en contratas, ya en valores por éste garantidos, ó se hace minera, todo menos agricultora.

La industria agrícola, que ni progresa ni promete, es mirada con desdén por los capitalistas, y pocos, muy pocos, le confían sus economías y si lo hacen, sólo le dedican, con exagerada parsimonia, pequeñísima fracción.

CAPITULO II.

Más sobre las causas de la escasez de nuestra producción. — Se utilizan poco las aguas. — Arbolado. — Abonos. — Debilidad del trabajador. — Se alimenta mal. — Es poco instruído. — Trabaja mal. — Prepara imperfectamente los productos.

En nuestra España el agua es oro, y sin embargo ya hemos visto qué poca se aprovecha, de suerte que es insignificante el terreno de regadío. Hay pocos, muy pocos pozos artesianos, muy pocos canales y aun el trazado de éstos pocos deja mucho que desear; son escasos los pantanos, y en su consecuencia la tierra abrasada por un sol que en otras condiciones la haría feracísima, seca, aterronada, se agrieta, se endurece y malea dando de sí mezquinos frutos allí donde un hilo de agua bastaría para sacarlos abundantísimos.

La falta de montes, la tala devastadora y salvaje que han sufrido los que poblaban nuestra patria, han hecho que se formen en las cumbres de los que lo fueron esos calveros, que azotados por el agua se esterilizan más y más cada vez, haciéndose de todo punto improductivos; corren por ellos las aguas, derramándose sin encontrar obstáculo por las cumbres, y arrastran toda la tierra vegetal haciéndolas improductivas, y limitando y reduciendo más cada vez la tierra laborable hasta el punto de que hoy sólo las vegas, las

llanuras ó las tierras de asiento en las que estas avenidas son imposibles por no existir pendiente, son las únicas que pagan el trabajo.

Los abonos son otro poderoso auxiliar de la producción y son escasos y de mala calidad los que se emplean. No se preparan bien, pues ni se tiene este cuidado, ni se poseen los conocimientos técnicos indispensables, ni se dispone de capital en las pequeñas labranzas, ni se emplean en esto las reservas de los grandes propietarios. Poseemos, es verdad, excelentes fosforitas en Extremadura, pero éstas van á Londres vendidas por un plato de lentejas, sin que haya ocurrido emplearlas en España y eso que hacen mucha falta. ¿Pero quién se atrevería á exigir al labrador que abonase sus tierras, si supiera que sus medios no le permiten ni aun satisfacer medianamente su estómago? Si en España labranza y privación son inseparables. Ni mejoras en las fincas, ni hartura en las rústicas mesas, ni trigo en las trojes, ni vino en las bodegas, ni aceite en los cuencos, ni dinero en los viejos arcones, ni vida sosegada busquéis en los lugares. Todo acabó menos la paciente resignación del labrador que sigue pegado al terruño, unido á su yunta, soldado á su esteva como Sisifo á su rueda, viendo pasar un año malo y avanzar y conquistar el sitio que aquél dejó al que le sucede, que indefectiblemente ha de ser peor.

El trabajo que se emplea no es el que requiere una bien entendida explotación, ni por su intensidad, ni por su calidad. No es lo intenso y eficaz que debiera ser, porque el trabajador, en el más concreto y burdo sentido de la palabra, ó sea, considerado como elemento de fuerza muscular, no está bien mantenido, y claro está que no pueden pedírsele ni hacer grandes y sostenidos esfuerzos á un obrero trabajado por la

necesidad. Si la alimentación en España fuera cual debiera, aun suponiendo que recolectáramos sólo de trigo setenta y cuatro millones de hectólitros anuales, habríamos de importar seis ú ocho más que faltan para obtener aquel objeto. La actividad del hombre proviene del carbono, del ázoe y del ácido fosfórico que antes ha absorbido, exigiendo el límite mínimo de la alimentación 235 gramos de carbono y 13 de ázoe. Mas si se le exige un esfuerzo muscular ó físico determinado, supongamos de cuatro á seis kilográmetros por segundo, durante once horas, necesitará asimilar-se 325 gramos de carbono más, porque el cuerpo humano sólo da en trabajo útil el quinto del equivalente termodinámico teórico. De aquí se desprende que es escasa nuestra alimentación y débil, por lo tanto, el trabajo de nuestro bracero, porque calculando á partir de las bases establecidas, resulta un déficit considerable para que la producción llene las exigencias del consumo que un trabajo moderado haría indispensable.

Pero además es de mala calidad, pues es sólo muscular y nada científico. La ciencia es hoy la vida del trabajo moderno y el agricultor español no recibe educación técnica; no se cultivan por el propietario la hidrostática, la meteorología, la geología ni la química, y estas ciencias y su conocimiento le son necesarios, pero ¿cómo los han de adquirir si nadie piensa en explotar por sí sus tierras? Una educación viciosa, falsas ideas nos llaman por otros rumbos; dejamos el cuidado de la tierra á renteros, colonos ó mercenarios, para dedicarnos á oficios más en boga, y el labrador rico estudia leyes y aprende textos sin curarse de distinguir las simientes, de clasificar sus tierras ni de ingeritar sus árboles. Carecemos de capataces ilustrados, y faltan directores de cultivos, y no sabemos preparar nuestros vinos ni destilar nuestros aguardientes. El

gran propietario sólo se cuida de elegir un apoderado que le recaude y envíe las rentas de sus tierras, que consume lejos de ellas, y ni las visita, ni apenas si retiene su nombre.

El pequeño labrador poco puede hacer: no tiene ni ciencia, ni capital, ni fuerza. Aunque vive sobre el terruño, la contribución le agota y la extrema división de sus fincas las convierte en retazos, le hace perder tiempo y sazones, le infiere daños, le origina pleitos y le coloca en la situación tan sabiamente apreciada por D. Fermín Caballero, en su *Fomento de la población rural* del que tuviese que leer una obra de doscientas hojas, encuadrada hoja á hoja en doscientos ejemplares de otras tantas, diseminadas en los estantes de varias bibliotecas. Nuestro bracero está abatido, carece de estímulo. Cansado de luchar desfallece y se anonada. Se juzga impotente, siente que le faltan fuerzas. No tiene entusiasmo, no acaricia ningún ideal y lleno de miserias y lleno de congojas y plagado de temores, cae bien á menudo ó á la puerta de la iglesia ó á la puerta de la taberna. Aquélla le brinda una vida mejor que la que arrastra. Esta le ofrece lo que por un momento le hace olvidar los males que padece.

El cultivo no es intensivo en la mayor parte de nuestras provincias, pues faltan brazos y no se emplea maquinaria agrícola. Nuestra Península está muy despoblada; sólo alguna provincia como Pontevedra nos ofrece una población densa, aunque trabajada por una mala alimentación, pues consumen un calducho de grelos y un pan de maíz inverosímiles.

En resumen, nuestra producción de cereales es una parvedad, resulta escasa. La de vinos es mejor, pero se adulteran y se elaboran mal y tenemos pocos mercados. Los aguardientes que se extraen y el alcohol no se rectifican ni se presentan en buenas condiciones para



el consumo. Nuestros aceites son espesos, contienen materias poco nutritivas y se restringe cada vez más su consumo; hoy donde más se emplean es en la confección del jabón. Si se inventa una sustancia que los sustituya con ventaja y con economía, habrán recibido el golpe de gracia y habrá que descepar la mayor parte de nuestros olivares. Nuestros labradores han hambre y sed, no tienen ciencia, cultivan como sus padres y sufren y padecen como ellos.

CAPITULO III.

Nuestras carnes y nuestros mercados. — Inventario. — La reglamentación en nuestros mercados. — Se consume poca carne y decae la cría. — Transportes. — Aduanas. — Consumos.

No es mucho más boyante el estado de nuestra industria pecuaria que el que hemos observado en la industria agrícola. Nos faltan prados en la inmensa mayoría de las provincias; no nos esmeramos en los cruzamientos ni en la afinación de las razas; no estamos al cabo, ni por tanto empleamos métodos eficaces para cebar y engordar las reses; y nuestros ediles, y sus veedores son poco celosos en punto al reconocimiento de las carnes. Es más, en nuestros mercados existen monopolios y reglamentos absurdos; los abastecedores se ponen de acuerdo, alguno de ellos ó varios suelen formar parte de los Ayuntamientos, y aprovechan estas ventajas para imponer la ley y hacer imposible la competencia de los ganaderos de fuera.

Poseemos 23 millones de cabezas de ganado lanar, 4 millones de ganado cabrío é igual cantidad del de cerda, y cerca de 3 millones de ganado vacuno. Además, se destinan al matadero anualmente unos cuantos miles de vacas y de bueyes entecas, hartas de parir las primeras y cansadas de labrar, lo cual no impide que se vendan en muchas partes como ternera;

y los segundos, con algún alifafe ó inútiles ya para los trabajos del campo. Ni unos ni otros están convenientemente cebados. Nuestra cría anual es insuficiente respecto al ganado vacuno, y aun al de cerda y lanar, si se alimentase bien nuestra clase trabajadora.

En Inglaterra cuyo pueblo se nutre como ninguno, se ceban y preparan con esmero las reses que se dedican al matadero, lo cual da un sabor, una finura y una delicadeza especial á las carnes, permitiendo tal método, si aquí se siguiera, vender con más economía, pues para el tablajero es más ventajoso sacrificar y poner á la venta reses nutridas y que pesen mucho, que no otras flacas y mal alimentadas.

Mas el absurdo reglamento del mercado de Madrid lo impide, pues hace perder al ganadero los despojos, la piel y demás menudencias de las reses; le fija el peso de cada una como tipo, en un número de kilos insignificante, y si excede en el duplo, por ejemplo, tiene que dar dobles despojos; de ahí que sólo le convenga presentar las más flacas y raquíticas. Además, los *puntos* son una artimaña, gracias á la cual en vez de desechar la res que está en malas condiciones, se le rebajan dos cuartos por cada *punto* en libra, resultando que corre válida la voz de que cuando hay alguna ganadería atacada de viruelas, se despacha en Madrid merced al subterfugio de los *puntos*. Además el consumo de carnes es muy limitado en España; sólo en las ciudades y pueblos de importancia se consume carne con regularidad y en relativa abundancia, mas nunca con la suficiente dada la población, pues su precio la coloca fuera del alcance del jornal del bracero y aun del sueldo de los modestos oficinistas. Influyen en el precio, que resulta crecido, la circunstancia de que hay poca abundancia de ganados, se cría poco y la de que el precio está en relación con el de los

cereales, que es la base de la alimentación de nuestros habitantes, y como éstos están caros dan el tono á las carnes, cuyo precio no puede descender nunca al de los cereales. En la mayor parte de nuestros pueblos rurales no hay matadero ni posibilidad de abastecerse de reses. Se consumen tan sólo las reses que se desgracian, y se sacrifican en tiempo de la siega y el día de la función ó del santo del lugar, y no puede suceder otra cosa, pues al jornalero no le alcanza su salario para comprar pan, que es lo más necesario para la vida, y en ocasiones hasta carece de hogar y vive en cuevas, y le falta combustible; luego es hoy por hoy una utopia pensar que consuma carne que por lo mala resulta cara, y que aun siendo buena carece de medios para comprarla.

Otras causas de carestía. — Además de las que la escasez de la producción de carnes y cereales engendra, existen otras causas que traen aparejada la carestía de subsistencias.

En primer lugar, nuestro gran presupuesto de gastos en lo que al personal se refiere, da lugar á un gran consumo en las grandes poblaciones. Ese ejército, esos cuadros, esa turbamulta de empleados de todas clases, de todos los ministerios, afluyen á las poblaciones y hacen carísima la vida, con lo que aumentan la demanda. Producen además el mal de que el ejército y aun los empleos quiten fuerzas y brazos á la agricultura, que anda de ellos muy necesitada, y de aquí que no mejore la producción, ni por tanto, se abarate; hacen, en cambio, un consumo improductivo en su mayor parte, y consumo de esa especie se requiere mucho y perturba el equilibrio económico.

Los transportes. — Son carísimos los que nos proporcionan nuestras privilegiadas compañías de ferrocarriles y sus encopetados consejeros y no son uniformes; resultando que igual trayecto é idéntico peso cuesta mucho más en una línea que en otra.

Las tarifas. — Son diferentes y variadas y las manejan y aderezan con tal arte, que el industrial, el comerciante ó el productor no saben á qué atenerse ni á qué santo encomendarse para evitar que siempre se les apliquen las más caras. Este mal sube de punto *si de transportar cereales nos ocupamos*, pues como esta sustancia es de difícil conducción por su volumen, resulta muy sobrecargado su precio en un recorrido de cincuenta ó sesenta leguas. Este es un inconveniente que advertimos diariamente, pues basta leer las cotizaciones de los mercados para notar cuán distinto es el precio del trigo en las Castillas ó Extremadura del de La Cañiza ó de las Encartaciones, sin que compense esta enorme diferencia la distancia que las separa del punto en que se producen. Es preciso facilitar los cambios de las carnes del Norte y Noroeste por los caldos y granos del centro; poner en contacto inmediato, directo y fecundo todas las provincias españolas, y bajo este punto de vista nuestra situación es deplorable, pues aparte de lo quebrado de nuestro suelo, de lo especial de la topografía de España, no existen caminos y carreteras para vencer aquella dificultad: no hay ninguna nación en peores condiciones. Es más, los ferrocarriles si no reforman y abaratan sus tarifas y si no cambian sus procedimientos, no pueden prestar gran auxilio. Tales son sus abusos que se prefiere mandar los encargos en *carromatos* ó por ordinarios; que las reses de Lugo, en vez de venir por

ferrocarril, se conducen á Madrid por jornadas y por la *carretera*. Las piaras de mulas que compran nuestros feriantes se trasladan lo mismo á los pueblos, en cinco, seis ú ocho días de marcha. En fin, que es un problema aun no resuelto el de extraer sobre ruedas los productos de nuestro suelo, del punto de producción al de consumo.

Además, nuestras Aduanas son al par que un semillero de cuestiones un dique que contiene la baratura á que tienden las subsistencias. Proyécese mucho y en condiciones excepcionales de baratura en algunos países, en América singularmente, y su trigo y sus carnes aunque tienen que correr los riesgos de una larga travesía y hacer los gastos durante tan gran trayecto, se presentan en condiciones ventajosísimas en nuestros puertos, pues su precio es sumamente económico. Mas llega el resguardo, visita, requisa, visa, molesta y exige, por fin, un derecho subidísimo, no ya fiscal, sino protector en su mayor parte, que representa á veces un 25 por 100 del valor del género. Con tal sistema cuando se descarga en el muelle y se le aplica el sello ó el plomo, ha desaparecido, merced á nuestra previsora administración, la baratura que habrían aprovechado en nutrirse mejor sus mal alimentados súbditos. Resultado: que ni imitamos para producir más, los métodos que emplean naciones más adelantadas, ni nos aprovechamos de las ventajas que indirectamente podríamos obtener, porque para eso sostenemos un resguardo costoso y unas Aduanas sabiamente organizadas para que produzcan menos, pues rebajando el derecho protector aumentarían sus rendimientos, y para que funcionen como máquinas de guerra contra nosotros mismos.

Para los que las manejan son artificios muy ventajosos: son un campo sembrado de sal para la nación;

una pingüe viña para los contrabandistas con credencial ó sin ella.

Consumos.—Y paso á examinar la última y la más importante de las causas que originan la carestía de las subsistencias, la cual es de tal índole que ni aun con una producción exuberante y rica en cantidad y calidad, con los mejores métodos, con productos variados y baratos lograríamos comprarlos á buen precio. Tal y tan detestable es la acción que ejerce el impuesto sobre el hambre, el impuesto que gradúa y mide el bostezo que arranca el desfallecimiento.

Hemos visto y estudiado á la ligera la contribución territorial que afecta á la producción, que agobia al labrador y al ganadero, á quienes se les exige sin contemplación y á plazo fijo, y por quienes tienen un gran interés en hacer más onerosa la carga con los recargos, cuyo importe es su único estipendio. No se facilita, pues, el pago, de suerte que á su importe nada despreciable se une el del tiempo que se pierde para hacerlo, las molestias y vejámenes que impone el recaudador, los recargos que exige y la mala sazón, pues no se apetece la conveniencia del labrador, ni se elige el tiempo más á propósito en el que puede hacer dinero, sino acaso aquél en que todo lo de que dispone lo tiene en el campo.

Pues bien: á pesar de eso, el impuesto de consumos es mucho peor, persigue el producto y cuando se presenta para el consumo, lo aprehende y lo grava. Es impuesto costosísimo y este es el menor de sus inconvenientes; hace imposible la vida, ataca sus fuentes, se ceba en la necesidad, es compañero inseparable del fraude, ataca la libertad, somete al conductor de especies á vejaciones y á molestias intolerables, arruina

al comerciante de buena fe á fuerza de expedientes y de catar y retasar y medir sus depósitos, y de contrastar sus solicitos, y de mil y mil triquiñuelas y ruindades que sería enojoso enumerar. Injusto, anti-científico, ruin, repugnante, antihigiénico, inmoral; ved lo que es el impuesto de consumos. Ningún país, ninguna administración, ningún pueblo lo merece, pues á todos es igualmente fatal é igualmente intolerable.

Lo ha definido gráficamente aquella señora inglesa que decía de él, que al sentarse á la mesa con sus hijos veía un nuevo convidado, el Fisco, que le arrebatava la mejor porción del alimento que les tenía preparado.

Todos los economistas y filántropos, sin excepción, lo han condenado; sólo lo defienden esos profundos políticos, esos estadistas eminentes, ya calificados por Smith bien duramente por cierto. Produce el mismo efecto que un suelo ingrato ó un mal clima, de suerte que en el país en que exista todas serán malas cosechas; y si se aplica tan poco suavemente como entre nosotros este efecto será más sensible. Se impone sobre las necesidades aun antes de que sean satisfechas, y para nada se tienen en cuenta las fuerzas contributivas. Sire Mathieu Deker dice y con razón, que contribuye á] la acumulación de impuestos sobre las mismas mercancías. Mr. Jean de Witt afirma que es el arte de desplumar un gran pájaro, pluma á pluma, para que no grite ni se queje mucho.

Por lo ya dicho se comprenderá que es el más terrible de los enemigos con que cuenta la baratura de las subsistencias. Llega el producto al mercado, está en aptitud y en condiciones para ser consumido, va á serlo, y en aquel momento preciso se presenta el fiel, aparece con él el impuesto, y el producto toma vuelo y se encarece porque el sello del Fisco lo ha recargado



sobremanera. En algunos productos asciende el impuesto con sus recargos municipales, al 40 por 100 de su precio corriente. Es más: quien se provee al menudeo lo soporta mucho más caro, pues el comerciante anticipa los derechos y luego los carga en el precio de la mercancía al ponerla á la venta, y en esta distribución siempre pierde el que sólo toma pequeñas porciones. Productos, alimentos baratos é impuesto de consumos son cosas que se repelen: hay impuesto, luego no hay baratura.

Mr. Girardin escribe: "Que todo impuesto contra el consumo es un impuesto sobre el trabajo, y todo impuesto sobre el trabajo es un impuesto contra la riqueza." Y esto es aquí oportuno, porque según queda dicho en el capítulo anterior, encarece las subsistencias y esta carestía al elevar su precio, restringe el consumo y disminuye la producción que cesa donde no existe un vacío que llenar. Continúa dicho escritor: "Bajo el imperio de un régimen fiscal que es un obstáculo al consumo, sea cual fuere su forma, ¿qué sucede? Ocurre que el mayor número sólo consume la más pequeña cantidad de alimentos; ocurre que, bien á su pesar, se ve obligado á proceder con gran parsimonia en asunto tan importante como éste, en el que la bondad y la abundancia de los objetos son indispensables. Si sucediese lo contrario, si la mayor cantidad de alimentos y de objetos necesarios fuese consumida por el mayor número, se daría inmenso impulso á nuestra agricultura, á nuestra industria, á nuestro comercio. Hoy el trabajador que consume diez, produce como diez; si consumiera como veinte, como veinte produciría con igual esfuerzo y con mayor bienestar."

En efecto, la observación es exactísima: aumentando el consumo aumentarían y serían más buscados los jornales, porque habría necesidad de producir

más, el trabajador sería muy solicitado, el salario se elevaría y el bolsillo y la moral del obrero, que á menudo están á un nivel, ganarían mucho. A medida que la producción fuese más activa el precio de los productos bajaría, que tal es la ley, estableciéndose un equilibrio, en virtud del cual el salario bastaría al obrero para procurarse un agradable y cómodo pasar.

CAPITULO IV.

Efectos de la carestía de subsistencias: Su clasificación. — **Físicos:** Despoblación; Mala y escasa alimentación del obrero; Sus efectos. — **Políticos:** Emigración; Comunismo; Sociedades secretas; Las huelgas; Revoluciones y guerras civiles. — **Morales:** Crímenes; Poca fuerza en las costumbres; La taberna; Perversión de niños hambrientos; Prostitución; Empleomanía; Mal empleo de los capitales del labrador; Desequilibrio lamentable.

La carestía de subsistencias produce efectos físicos ó materiales, políticos y morales. Clasifiquense en uno ó en otro grupo, dichos efectos son malos, y como consecuencias de un mal han de atraer sobre el hombre dolores, producir desequilibrio en la sociedad y llevar la agitación y la perversión al hogar, y la maldad, y el crimen, con frecuencia lamentable á la sociedad, si es que no origina esos grandes sacudimientos que se llaman revoluciones, esas perturbaciones que denominamos huelgas, esas pérdidas dolorosas que conocemos y distinguimos con el nombre de emigraciones.

Efectos físicos: Despoblación de España. — No es moderna la observación, pues hace siglos, allá por el año de 1600, Martín González de Cellorigo, sensato escritor

de aquella época, apuntaba contra el parecer de Jerónimo de Ceballos, de Fr. Angel Manrique, de Zabalá, de Ustáriz, de D. Pedro de Guzmán, que no es la guerra el obstáculo mayor que la población encuentra en su desarrollo: que por tanto, las que continuamente sostenía España no eran la causa de la soledad que se notaba en sus campos, ni de la falta de moradores en las ciudades; afirmaba, en corroboración de su dicho, que muere más gente en un día de peste que en toda una guerra, por sangrientas que sean las batallas que se libren, y concluye consignando estas notables palabras: "La necesidad de todas las cosas, la ruina general, es lo que destierra las gentes de su patria y acaba los pueblos., En efecto, si seguimos paso á paso las fluctuaciones que ha experimentado la población de España, observaremos que las grandes hambres, las pertinaces sequías, la falta ó carestía de subsistencias, han coincidido con el estancamiento ó decrecimiento de la población. En el año de 1196 fué Cataluña afligida por el hambre. En 1213 la sequía que hubo en España fué causa de suma carestía, de la falta y hambre general. En 1218 el azote se concretó á Aragón. En 1261 las inundaciones en Zaragoza hicieron la invadiera la miseria. En 1403 nuevas crecidas, grandes corrientes é iguales y perniciosos efectos. En 1435, tormentas, males, estragos y pérdidas en Sevilla, Valladolid y Medina del Campo.

Consecuencia de todo, que la población de España quedó reducida según los cálculos de escritores tan diligentes y sensatos como D. Manuel Colmeiro, á 10 millones de habitantes al finalizar la Edad Media, la era que termina con el reinado de los Reyes Católicos. Vino la casa de Austria, emprendió aquella serie de guerras exteriores, extremó los tributos, nos inundó de flamencos rapaces cuya voracidad y cuya inventiva

en punto á socaliñas eran inagotables; se arrebataron los brazos necesarios á la agricultura; se produjo menos que nunca; las tasas, la reglamentación y los abastos empeoraron el mal, y la gente se dedicaba á aventuras, ó partía para América, ó perecía en Flandes, ó moría de hambre; y de todas maneras ante tantos obstáculos, se limitaba el natural crecimiento de la población y menguaba ésta de día en día, rehaciéndose algún tanto bajo los primeros reyes de la casa de Borbón, y ascendiendo á la cifra antes consignada á principios del siglo XVIII.

No es posible encontrar una población densa en comarcas en que escasean los mantenimientos, en pueblos y provincias cuyo terreno está mal aprovechado y peor cultivado ó en aquellas en que la propiedad está aglomerada en pocas manos.

En el Norte y en el Noroeste, cuya topografía es causa de que existan aguas, se multiplican las pequeñas labranzas, se aplica á la tierra un cultivo intensivo, se auxilia el corto labrador con el arbitrio de la cría de ganados, y la población crece como la espuma, y las provincias en que esto sucede están no poco pobladas. Buena prueba de ello nos ofrecen Galicia, Asturias, Santander y las Vascongadas. Otras comarcas cuyo suelo es muy feraz y muy productivo también sostienen una población densa, como Valencia y parte de Murcia. Otras en las cuales la industria florece, por más que la agricultura no marche á la par, también se hallan pobladas, como las catalanas; pero la inmensa mayoría de las de España que carecen de industria, cuya agricultura y cuya ganadería se hallan en plena decadencia, están muy despobladas y se necesita una jornada para llegar de un pueblo al inmediato, ó sólo se atraviesan miserables aldeas ó mezquinos villorrios. De todos modos, en general,



contamos muy pocos habitantes por legua cuadrada á diferencia de las naciones ricas, florecientes é industriales, que cuentan con una población activa, industrial y sumamente densa.

La agricultura no produce en España lo necesario para el mantenimiento de sus moradores, aun contando con que esta población es escasa, luego hoy será descabellado todo plan que se forje, suponiendo el incremento de aquélla, porque si no se encuentran en la proporción debida los rendimientos de la tierra, el déficit advertido será un obstáculo que impedirá el acrecentamiento ó la multiplicación de los pobladores. ¿Qué sucede á la sociedad humana? lo que ocurre á las industriales abejas, si el año es malo y el campo no florece; que entonces loca y vana esperanza será la del agricultor que espere enjambres, después de ver cómo han esperado también con inútil afán los útiles y laboriosos animalillos, las flores que una rigurosa primavera, ó un porfiado invierno, les han negado. Sólo una excepción menciono, la de que la producción industrial y la actividad del comercio vengán á tapan la brecha que la escasa producción agrícola abre en el seno de la nación. "Entonces, aunque se produzca poco grano y poco vino, y pocas legumbres y pocas carnes, si se extraen y benefician metales, si nos ensordece el ruido de los telares y si nos ahoga el humo de los altos hornos, si nos mancha el polvillo del carbón que robamos á la tierra, si la industria se extiende, si el salto de agua se aprovecha, entonces digo: la población aumentará, que no falta pan al minero que extrae azogue en Almadén ó cobre en Riotinto, y lo obtiene más en proporción y más sobrado que el sembrador manchego. Pero por hoy no es posible pensar en esto; volvamos, pues, á lo que á su vez exigen la labor y el esmerado cultivo de los campos: piden numerosos brazos,

reclaman trazas, inventos y mejoras, que no podrán realizarse mientras la población rural no sea más densa y mientras no acuda allí la vida, la animación y la gente; tampoco irán los capitales, poderoso auxiliar del labrador, porque ellos, como el árabe en sus rezos, miran siempre al Oriente, los atraen la robustez, la luz, la vida; huyen del ocaso, desdeñan lo caduco, se posan con gusto en la mano del fuerte, buscan al hombre pero aman la idea, la voluntad, la energía, el músculo; no hay, pues, que buscarlos al lado de la pereza, de la ignorancia ó de la debilidad; ¿cómo? si son todo poder, todo fuerza, todo actividad, por ser obra del trabajo y del saber, por ser el fruto bendito de la constancia, del orden y de la más pura moral. El capital es el esfuerzo bien dirigido, es la reserva del inventor, es el pedestal desde donde vuela el genio, es la piedra filosofal que cristalizó en el pasado y que nuestros padres nos han legado; en el mundo material con istmos rotos, con mares enlazados, con montes hechos polvo, con ríos hechos camino, con despeñaderos transformados en paseos y con eriales convertidos en verjeles; en el mundo intelectual con las enseñanzas de Aristóteles, de Platón y de Descartes, con los principios de Arquímedes, con los de Galileo, con las leyes de Newton; en el mundo moral con las muy santas decisiones que acabaron con la esclavitud, equipararon las castas, rompieron las fronteras y dieron al extranjero, al *hostis*, el ósculo de paz y el dulce nombre de hermano. ¿Qué ha llegado de todo esto al labrador? Bien poca cosa por cierto; apenas si ha tenido tiempo de aprovecharse de nada, engolfado como está en la explotación del ardiente, desabrigado y extenso páramo. En éste no hay ni agua, ni árboles, ni búsquéis tampoco máquinas, ni capitales, ni os prometáis sin aquéllos transformaciones, ni le pidáis productos, que

el hombre ha sido allí vencido por la naturaleza y la aridez del llano publica su derrota.

Los braceros, y aun los cultivadores en general, están mal mantenidos, carecen hasta de lo preciso, no busquéis comodidades en su casa, holgaríanse con no tener privaciones en su mesa; comen mal y esta nutrición deficiente se refleja sobre su trabajo, que es tan flojo como el calducho de grelos, manjar del gallego, semi-enterrado entre sus foros, y tan débil como el gazpacho con que se regala el cortijero andaluz.

Y cómo no, si es una verdad que el estómago es á manera de un laboratorio en el que cada hombre temple sus músculos, educa sus nervios y prepara su energía y su actividad? Si se quieren, pues, obreros robustos y capaces de hacer esfuerzos musculares, continuados y considerables, es indispensable proporcionarles sanos y abundantes alimentos, y para esto basta que el jornal que se les diere esté en relación con el precio de aquéllos. Es preciso considerar que el obrero tiene por lo común una numerosa familia, nueva fuente de obligaciones y causa bien á menudo de conflictos y de apuros para el pobre jornalero. Su salario, del que carece por punto general los días festivos, es el de una á dos pesetas y por término medio el de cinco reales, y con tan mezquino estipendio ha de atender á la alimentación y al vestido de todos, y ha de quedarle un sobrante para ilustrarse y para dar educación á sus hijos. Ya se advierte que esto es imposible: el obrero agrícola, la abeja del campo sólo gana entre nosotros para no morir de hambre.

Comparando su mezquino jornal con el de nueve y media á doce pesetas que gana el bracero de los Estados Unidos, trabajando menos horas y en mejores condiciones, sin tanta fatiga corporal y sin tanta mortificación, habremos de convenir en que el americano



podrá prestar y prestará de hecho un esfuerzo más hábil, más constante y más eficaz. Podrá ilustrarse y aprender; el continuo roce y el manejo de las máquinas y de los artefactos modernos le ennoblecerá, le llenará de confianza, vencerá en su lucha con la naturaleza como ha vencido en su lucha por la vida: su esfuerzo será de importancia, su trabajo tendrá gran valor, ganará mucho, pero producirá mucho, y como la producción irá en aumento será mayor el número de máquinas y con ellas el número de braceros.

Aquí si escasea el bracero es porque lo que gana no le basta. La maquinaria agrícola tampoco se usa en los campos, la destinamos infaliblemente á adornar las Exposiciones, y aunque la saquemos al campo ¿de qué nos sirve? ¿Si no hay quien la maneje? ¿Si no preparamos bien la tierra? ¿Si no cuidamos de los abonos? ¿Si los mayorales de nuestras labranzas desconocen el gobierno de la más sencilla segadora?

En otros países el obrero tiene deseo y aun afán de trabajar, porque mira con fe lo porvenir, se encamina á un ideal y cada paso que da, cada semana que trabaja le acerca más y más al fin á que aspira. En nuestra Península el bracero y el capital están tan distantes como lo está D. Quijote de Sancho Panza.

En otros países, las asociaciones, las cajas de ahorros, las comanditas son otros tantos alicientes que estimulan y sostienen la fe y la constancia del jornalero y le invitan al trabajo. En España nada de esto existe: el pobre obrero sólo aguarda, cuando la nieve de los años paralice sus fuerzas, la miseria, el asilo ó la muerte. Un trabajador de esta condición sólo llegará á obtener un pobre producto, y productos y alimentos escasos contienen la población y dificultan y se oponen á la multiplicación de la especie. Nuestras llanuras de la Mancha, nuestros valles de la Alcarria, nuestras

sierras y cordilleras estarán poco pobladas mientras sean pobres, y serán pobres ínterin no se pueblen.

La carestía de subsistencias es antihigiénica, pues exige la conservación de la salud suficientes manjares en cantidad y en calidad; mas como el obrero y las clases menesterosas disponen tan sólo, aquél de un mezuquino jornal y éstas de escasos recursos, no les alcanzan para adquirir los alimentos necesarios; y como la necesidad que aquéllos satisfacen es la más perentoria, la más urgente, á ella dedican todos sus recursos, y no alcanzan y no apagan el hambre que sienten, y sin embargo, atentos á aquel fin, se alojan mal, viven en habitaciones poco ventiladas, reducidas y malsanas, en las que carecen de los utensilios más necesarios, y no se visten bien ni se distraen en el más inocente y el más barato de los recreos. Oblígales por tanto su penuria y su angustioso estado á vivir en malas condiciones higiénicas. De aquí enfermedades y aun muertes, que sólo reconocen por causa una insuficiente alimentación, un mal alojamiento, un pobre y andrajoso vestido.

Ataca las fuentes de la vida. Necesita el cuerpo humano cuidado y asistencia para sostenerse con la fuerza y la voluntad necesarias; necesita reparar ámpliamente las pérdidas que el trabajo, la actividad, la vida llevan consigo; y este equilibrio se obtiene merced á una alimentación abundante, sana y nutritiva; mas como la generalidad carece de recursos no puede adquirir géneros abundantes, y como están caros tampoco intenta comprar los mejores, que no se encuentran al alcance de sus facultades: adquiere poco y de mala calidad, á ello le obliga su flaca bolsa, compra muchas veces al fiado, lo cual agrava el mal, pues le quita esta circunstancia la libertad para quejarse de los pesos, de las cuentas y de la calidad, y en suma, tantas causas

se reúnen que el bracero ó las clases poco pudientes, dejan perecer sus hijos á cientos, ven morir sus pequeños entecos y raquíticos; y los adultos obligados á prestar un trabajo corporal muy superior á sus fuerzas, haciendo esfuerzos físicos con el estómago punto menos que vacío ó lleno de un alimento ligero ó no sano, lo ejecutan á costa de su longevidad, gastan y perturban su organismo, enferman, y de la enfermedad á la ruina y á la muerte del trabajador sólo hay un paso. Si la dolencia es larga, como durante ella falta el jornal y con él todo, ni puede cuidarse al enfermo, ni suministrarle sustento adecuado, ni atenderlo en su convalecencia, ni dedicar á ésta el tiempo necesario. Los apuros crecen y es preciso acabar, el convaleciente ofrece sus servicios y trabaja aunque no pueda. Su familia y su situación le imponen aquel sacrificio que paga á menudo bien caro. No es esto exageración, el que esto escribe ha hecho mil veces esta observación y ha oído quejarse á los hombres de ciencia. Más aún: interrogando á varios médicos de pueblecillos alcarreños para que le explicasen la causa que determina en la época de invierno una gran mortandad de gente menesterosa, que en otras estaciones se sostiene bien, y cuyos fallecimientos no podían achacarse al rigor ni á la inclemencia del cielo, obtuvo de todos la siguiente respuesta: En tiempo de invierno escasean los jornales, y en su consecuencia las pobres gentes reducen su nutrición tanto, que sólo comen hierbas cocidas, hasta sin sal; y esta mala alimentación da sus frutos y la dolencia más insignificante se agrava y produce un cataclismo. No les falta leña, que ellos mismos se procuran, ni una casita que casi todos tienen, pero carecen de pan, pues en muchos inviernos no lo prueban, y con tales privaciones la vida es un milagro. Médico había, con cuya amistad se honró el autor de este trabajo, que

salvó á muchos de esos enfermos recetándoles garbanzos, carne y pan, que les entregaba en su casa. Sin estos específicos que la caridad de un excelente joven les proporcionaba, no hubieran podido resistir el hambre que minaba su organismo. Mas falta la última pincelada al cuadro.

Esos infelices, que de todo carecían, pagaban cuatro, cinco y aun seis duros por consumos. Se habían repartido y les hacían esa gracia. ¡Pagar por consumir el hombre que sólo come hierba cocida hasta sin sal!

La necesidad que los manjares satisfacen tiene un límite mínimo, que es según ya queda consignado en otro sitio, lo que el cuerpo del que la sienta necesita para no desfallecer y para su sostenimiento; pues bien, cuando la carestía hace que no pueda conseguirse esta satisfacción, que no pueda rebasarse este límite, que es lo que justamente ocurre á nuestras clases pobres, la salud se altera, el hombre se estenua y el débil cuerpo se agosta ó acaso muere prematuramente. El bienestar que disfruta el obrero newyorquino, el inglés, el belga y aun el francés nó hay que buscarlo en el hogar español. Aquéllos trabajan, se nutren ellos y su prole, disfrutan y ahorran. El nuestro trabaja también, pero languidece, frecuenta el hospital y ó muere ó concluye mendigando á la puerta de una iglesia. La raza se enerva, se altera y se reduce, y los bríos, y el aliento, y la población sufren rudos golpes. El mucho consumo de pan, su baratura, es el escudo en que se embota la guadaña de la Parca; mas su escasez y su carestía le imprimen un movimiento vertiginoso.

La vida de la espórtula, amén de indigna, es hoy imposible, y el que no tiene no come, y el que cuenta con pocos recursos come mal y... se muere antes de enseñar á pedir al brazo que sólo supo trabajar.

Efectos políticos. — La gran masa de población, casi desnuda, hacinada en pobres viviendas, sin menaje, famélica, siente un gran malestar, trata de remover los obstáculos que la rodean, se agita, busca un remedio y al no encontrarlo, pues es grande tal empeño y flacas sus fuerzas, emigra á luengas tierras en busca de satisfacciones que no encuentra en su patria, y desampara su hogar y abandona y deja á sus ancianos padres entregados á su triste suerte, amargada por separación tan dolorosa, y corre aventuras y desafía peligros; y como su educación como obrera deja mucho que desear, sucede que muy á menudo vuelve á su patria tan necesitada como se fué, pero con menos fuerzas, con menos deseos, y acaso con ambiciones é ideas que han despertado su roce con otra civilización, con otras costumbres. Se comprende la emigración en países muy poblados, en el nuestro sólo se explica por la escasez y carestía de las cosas necesarias á la vida, por la falta de industria que produce la de ocupaciones y la de medios para obtener recursos, y por nuestro pésimo y abrumador sistema tributario. De aquí esas sociedades tenebrosas en el fondo de las cuales nacen la idea de la comunidad de bienes, el odio al capital, el rencor y la mala voluntad hacia las clases acomodadas, la envidia hacia todo lo que valga, hacia todo lo que brille. En cabezas así perturbadas por el hambre, todo es oscuro, todo pesimista, todo hierro y fuego, todo idea de destrucción y de exterminio. El bienestar de las otras clases, aun cuando sea aparente, excita su odio, las miserias de su hogar, el grito de hambre de sus pequeños, el suspiro de su triste y mísera compañera despiertan sus pasiones, excitan su cólera; y el hombre de mejores instintos, de cabeza más firme, presta oído á utopias falaces y se compromete en maquinaciones terribles que perturban la paz pública y comprometen la

seguridad de todos. No otro origen tienen la *Internacional* y esas sociedades secretas cuyos desmanes en Andalucía han causado penosísima impresión. Arraigan más donde como en aquellas bellas provincias, la vida del bracero es más difícil, por estar muy reconcentrada la propiedad y por ser escasa la clase media y brusca la transición; pues de un lado vemos á los pocos que todo lo tienen, y de otro á la multitud que de todo carece, cuya vida está á merced de los opulentos dueños de haciendas y cortijos que en una tarde de *juerga* derrochan lo que bastaba para alimentar á centenares de familias. Una mala sazón hace que el hambre llame á las puertas de millares de infelices, que faltos de pan, de luces y de sentido moral se entregan á lamentables excesos.

Las huelgas. — Rozamientos continuos y cada vez más rudos entre el capitalista, el fabricante y el obrero las van preparando. Ocurre que mientras el fabricante se enriquece, el obrero que en parte le proporciona esa riqueza con su trabajo, con su sudor y su habilidad, no gana lo necesario para vivir, está pobremente alimentado y trabaja muchas horas al día. Es el siervo de los países civilizados. Comprende que es necesario, que se abusa de él, que se le considerará como un mero instrumento, y su dignidad se subleva y se retrae y deja de trabajar, y surge lá huelga y sobreviene la perturbación y bien á menudo los excesos y siempre pérdidas y ruinas. A veces también las rivalidades de dos fabricantes han dado origen á las huelgas, incitando el uno á los obreros del otro, exponiéndoles los agravios que recibían y hasta ofreciéndoles por medios indirectos auxilios interin estuviesen sin jornal. El obrero que se ha dedicado á una industria no puede por regla general,

sin condenarse á perecer, cambiar de dirección y elegir otra; puede decirse que se halla obligado á vivir y morir bajo el techo de la fábrica que le dió abrigo en su juventud, en la que acaso nació, y aprovechándose de esta situación, perfectamente conocida del fabricante, impone condiciones, exige muchas horas de trabajo y da poco jornal, y como al obrero sólo aquél y no otros vínculos de interés ni afecto le ligan con el empresario, acaban los trabajadores por romperlos y se declaran en huelga, y perturban á veces el orden público, ó bien otras cometen desmanes y destrozan la fábrica en la que tanto han trabajado y tanto han sufrido. Tales son sus privaciones, que la vida se hace intolerable, el trabajo odioso, y achacan la culpa de sus males al fabricante que no les da jornal suficiente; y bien á menudo no es ésta la única causa de sus males, pues la carestía perjudica á todos, á empresarios y á obreros.

Revoluciones y guerras. — Un pueblo en tales condiciones, millares de hombres con hambre y sin jornal ó dedicados á ocupaciones cuyas ganancias no les ponen á cubierto de la miseria, que jamás se ven hartos de pan, son materia dispuesta para que germinen en su corazón las más sombrías pasiones. Son una falange preparada á todo; sólo necesitan un Catilina. Constituyen la tierra de promisión para los agitadores políticos. Estómagos y cerebros vacíos oyen con fruición la voz que los incita al levantamiento prometiendo vida fecunda en aventuras, agitada; movida, llena de harturas y de peripecias, sin más afanes que el de empuñar un fusil y vivir sobre el país. No importa el lema: es cosa baladí á la mayor parte de los que forman en el bando faccioso, en nuestras discordias civiles. Nada entienden de política, pero les basta

saber que tienen asegurado el pan por una buena temporada; ven en lontananza y como posible el pillaje y el saqueo, y allá van. Les ofrece esto más atractivos que su mísera vida de trabajador, comparada con ella la de campamento ó guarnición es una orgía continuada. Además, el trabajador está falto de ideales, excítasele en nombre de algo que se le describe con vivos y sublimes colores, enciéndese su deseo, se enardece, cree que al triunfar la idea que acepta cambiará su condición, será un gran bien para todos. Su crédula y sencilla fantasía admite todo, se deja seducir; suelta la azada y empuña el remington y aspira al triunfo de la rebelión y confía en él: porque aquél triunfo es su suprema esperanza y ansía que llegue, porque él llevará, en su ingenuidad y en su rudeza así lo concibe, la hartura y el bienestar á su hogar y á toda la redondez de la tierra. Siempre ha sucedido lo mismo: faltaba en Roma el sustento á la plebe, no se hacían repartimientos, y el pueblo se amotinaba y los plebeyos huían al monte Aventino. En aquellos tiempos como las costumbres eran más rudas y los ánimos se hallaban más avezados á la guerra, y como los necesitados eran muchos y se hallaban reunidos dentro de los muros de una ciudad, pronto llegaban á un acuerdo, alzábanse en son de motín y hacían correr á los patricios, senadores, cónsules, ediles y demás gente rica, que siempre en tales casos ha tenido ligeras las piernas.

Las leyes agrarias fueron también causa de disturbios y de desórdenes; y cómo no, si por ellas se repartían tierras, con lo cual los favorecidos se veían á cubierto del hambre que á los no agraciados aguijoneaba? Había injusticias en tales ocasiones y con tales motivos; son, al par que censurables, peligrosas. La rebelión de los Gracos lo prueba. En la Edad Media la triste y mísera condición del vasallo fué trabajando lentamente



el ánimo de éste, hasta que llegó un día en que reclamó un asiento en el Consejo de la Nación y un sitio en el banquete de la vida. Pidió libertad, sin la cual el pan más succulento y más blando resulta duro y amargo; se la negaron, y la conquistó haciendo trizas viejas y carcomidas instituciones. Pidió tierras y se desamortizó, pero ha caído en nuevo cautiverio; la miseria le cerca, y de ahí que afirmemos que la era de las revoluciones y de los sacudimientos sociales no ha concluido.

En Italia el *macinato* ó impuesto sobre la molienda, en Francia las puertas, en España los consumos, ¿á cuántas quejas, á cuántos desórdenes no han dado lugar?

Y hay la fortuna, si tal puede llamarse, que la clase agrícola, la hormiga de los campos, el trabajador ó bracero rural, es sufrido y paciente cual ninguno; ocupando una gran extensión le es imposible reunirse con otros, comunicarse sus impresiones, ofrecer grandes resistencias, grupos numerosos de acción entre los cuales desaparecen la timidez, innata é inseparable de nuestra gente del campo.

Las asociaciones á que antes he aludido. *La mano negra* ha nacido donde este contacto entre los braceros es más constante, en Jerez y pueblos limítrofes, en los que se reúnen en gran número, lanzándolos su triste situación á excesos cuyo origen es la falta de pan, la falta de ideales, la ausencia de todo remedio pronto y eficaz, los abusos de los grandes propietarios, la ausencia de toda esperanza y la consideración de que el porvenir sólo les brinda con dolores y con amarguras y con miserias. Seguro estoy de que donde se reúnan gran número de braceros agrícolas harán lo que hacen los industriales en las grandes poblaciones: promoverán huelgas, formarán asociaciones comunistas y avivarán el odio que sienten hacia las clases acomodadas.

Efectos morales. — La carestía de los alimentos, el hambre, que es su consecuencia, los produce desastrosos. Léanse los anales del crimen. La inmensa mayoría de los criminales son hombres á quienes la miseria impele á cometer acciones reprobadas. El sér necesitado que de todo carece anhela salir de tal situación; suele empezar por dedicarse á los oficios secundarios que con tanta gracia y tal exactitud y tal donosura nos explica Serra; los productos de tales oficios no bastan; la casualidad interviene á menudo y le hace dueño de alguna noticia que utilizada puede proporcionarle algún recurso, no importa por qué medios. Si vacila el desdichado representásele su triste situación, acuérdase del mañana, y toda vacilación cesa y el delito se consuma. Es inagotable el capítulo de hurtos, robos y trapacerías en las ciudades y en los campos, y contribuyen á mantener la depravada afición de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, la miseria y las muchas flaquezas y la carestía de la vida en las poblaciones.

Este mismo efecto se deriva de la falta de ilustración, la cual tiene su raíz en la falta de recursos. Con un jornal mezquino é inseguro, no cabe que el obrero de la ciudad y el brácerero del campo se ilustren, ni ilustren y den educación á sus hijos. Bien pequeños utilizan sus escasas fuerzas para adquirir algo y procurar mayor holgura á su familia; entretanto su educación se resiente, su instrucción se abandona. Y la educación es un gran freno, y la ilustración es un gran preservativo; como que gracias á ella, ve sus necesidades satisfechas el obrero americano, y su congénere el obrero inglés. Y esta ignorancia y esta falta de dirección de nuestro trabajador no es posible desaparezca mientras el jornal no alcance á cubrir sus más imperiosas necesidades. Lo primero es vivir y los recursos ni áun para eso llegan.

La miseria engendra también otros excesos. Obsérvese una numerosa familia de obreros: viven en un reducido cuarto, duermen reunidos los hijos, los padres y acaso algún pariente ó algún extraño, y esta promiscuidad de sexos y de lechos da lugar á enardecimientos prematuros, á precocidades lamentables, á mil faltas que son otros tantos ataques á la moral y á la pureza de costumbres. El pudor de las jóvenes padece mucho. Hay también esas casas de dormir en malas condiciones higiénicas y en las que la moral peligra más aún. A veces el obrero busca el olvido y una alegría y una satisfacción momentáneas en el fondo de una botella, en las excitaciones alcohólicas; y adquirida la costumbre se pervierte, se abona á diario á un establecimiento de bebidas, consume miserablemente su jornal, y mientras su pobre mujer y sus hijos le aguardan desfallecidos y ansiosos, él se embriaga y consume estérilmente, peor aún de un modo nocivo é inmoral los escasos recursos de su trabajo. Pocos obreros hay que no estén tocados de este vicio, cuyo yugo con la edad y con el hábito se hace cada día más pesado. La vida de familia en la que todo son faltas, peticiones y disgustos se les hace insoportable. Llega un domingo ó un día de fiesta en los cuales el obrero no trabaja, y por lo tanto no gana, y la penuria aumenta: ese día no hay pan ni buen humor; el jornalero ocioso no sabe qué hacer de su tiempo, abandona su casa en la que todos son enojos, va á buscar á alguno de sus compañeros cuya situación es idéntica, y que deseando igual expansión ha abandonado su morada y ha ido á encontrar á sus demás compañeros á la taberna. Van con el bolsillo vacío y con el objeto de conversar tan sólo; pero el ejemplo de los que beben, el deseo de corresponder á los convites y á los agasajos que un compañero más afortunado ó más vicioso les hace, los obliga

y aceptan, y beben y convidan á su vez y sus estómagos se irritan, porque están vacíos, y su entendimiento se oscurece y el vicio se apodera de ellos; y ya no son posibles el orden ni la economía, y abandonan su familia y su casa, y riñen y se pegan ó se hieren y son víctimas de amistades peligrosas y de un hábito funesto que los domina, que hace huir la paz del hogar doméstico y que apaga al par que el grito de la conciencia el fogón del pobre. La falta de ideales, las penalidades de lo presente, los temores para lo porvenir, la ociosidad de los días festivos puede decirse que impelen al obrero y lo conducen á extravíos censurables en materia de bebidas.

El obrero en España no piensa más que en su trabajo; fáltale éste, y muy sensato ha de ser si no acude á la taberna: su carácter expansivo lo lleva allí en busca de compañeros y de conversación; pero si á ajustar cuentas se parara, advertiría que corre casi siempre en busca de su ruina, de su perdición y de su deshonra.

Es una ley, y una triste ley por cierto ya entrevista por Malthus y revelada por las estadísticas y por la ciencia médica, que la facultad generatriz crece con la miseria, con la degradación moral, con la ociosidad ó la inferioridad intelectual; se acrecienta con el trabajo físico y la fatiga que produce. Decrece con la abundancia, con la delicadeza de la vida, con la ocupación del espíritu, la elevación de gustos y de carácter y la vida sedentaria de las mujeres. A consecuencia de esta ley vemos esas numerosísimas familias de obreros, que cada año se aumentan; para quienes la miseria y las privaciones no son obstáculos. El nacimiento de cada uno de los hijos es una nueva contrariedad, aumenta los apuros, es un nuevo vástago que viene á compartir la miseria y á conllevar las privaciones.

El pobre jornal, insuficiente para uno, distribuido entre tantos, queda reducido á casi nada: si muere el

padre aquella prole, combatida por la miseria, sin guía, sin apoyo, con hambre, encuentra lleno de tropiezos el camino de la virtud y de la honestidad. Desgraciada la joven y aun la niña hermosa y llena de atractivos que se encuentra en tales condiciones; la miseria la arroja en los brazos de algún inmundo viejo, de algún hombre libertino, y después la prostitución le abre sus puertas. Los niños iban primero á pedir en el atrio de las iglesias, á merodear después en las huertas, y á distraer sus ocios, por último, en el célebre patio de los micos. La miseria sublevando sus malos instintos, la falta de educación, y los malos ejemplos los lanzaban en la senda del crimen. Sin un mentor que los guíe, en las grandes poblaciones sobre todo, hasta el aprendizaje les es imposible porque necesitan contar con el alimento y no lo tienen.

¡Cuántas de esas pobres mujeres que al caer la noche recorren la vía pública solicitando á los transeuntes, buscan de tan inmundo modo un bocado de pan para sus hijos huérfanos ó desamparados por su padre! ¡Y cuántos hijos no se pervierten con el ejemplo que les dan sus míseros desatentados é ignorantes padres! ¡Cuántos á quienes padres viciosos los lanzan en la senda del crimen, ó codiciosos prostituyen á sus hijas por un puñado de dinero ó por un pobre empleo! Seguro estoy que, evocado por estas líneas, acudirá á la memoria de cuantos las lean el recuerdo de hechos que confirman cuanto queda expuesto.

El servicio militar y la empleomanía que contribuyen á la despoblación de nuestros campos, fomentan la inmoralidad, la ociosidad y la vagancia. Todo hombre de veinte años físicamente apto para el servicio, dice Clemence Auguste Royer, es arrebatado á su familia, á su trabajo, á su profesión; y sin consultar ni su gusto ni sus intereses, porque lo designa el azar se le lleva

unos cuantos años á un regimiento, se le somete á una severa ordenanza, pierde su libertad, y se le entrega á la monótona vida del cuartel, ó á la ociosa de la guarnición; la cual le hará contraer vicios primero, y acostumbrarse á ellos más tarde, pues la ociosidad y las circunstancias le impelen. Allí perderá la instrucción que posee, la habilidad práctica de obrero, en fin, los más bellos años de su vida y de su fuerza. Su vida entera será partida por la mitad, y le será imposible enlazar las dos partes. El soldado es un esclavo, le tiranizan la ordenanza y sus jefes. Olvida lo que sabe, y suele aprender á limpiar botas, á guisar y á tener chiquillos. Se hace experto en menudencias, y vuelve al pueblo maleado y haragán. Aun de milicia suele entender menos que de lavanderas y de tiendas, si es asistente del capitán, criado de la capitana y niñera de sus hijos.

Y para esto, que tan poco interesa á la patria, se arranca al hijo del regazo de su madre, al obrero de su labor y de su yunta, al hombre ocupado de sus faenas para condenarle á una ociosidad forzosa.

En buen hora que el servicio sea obligatorio cuando la patria lo demande, cuando el peligro amenaza; mas en circunstancias normales debe ser voluntario, y debe desaparecer impuesto tan oneroso, tan anticientífico y tan injusto. Y no quiero hablar de lo poco equitativo que es ni de la misión que como elemento de fuerza desempeña, que ni es tal mi ánimo, ni aquí el lugar oportuno para investigar si en vez de un elemento de orden puede á veces ser causa de alborotos y de disgustos, ni si contribuye á empobrecer y á desangrar la patria más que á garantirla y á libertarla, sin que por esto desconozca las grandes cualidades, el valor y la abnegación del general y del soldado español; pero es que juzgo la institución que hoy representa á los

ojos de la ciencia, y es que creo que para bien de la humanidad y para bien del Fisco el período de las grandes guerras está terminando, como ha pasado el de las batallas á diario que hicieron necesarias la formación de las nacionalidades, los pujos caballerescos de los reyes, los cismas y las escisiones en materias religiosas, y los ambiciosos delirios de Luis XIV y de Napoleón I en Francia y de Carlos I en España.

Hoy las naciones se respetan más, como se respetan más también los ciudadanos. Que antes era un rasgo de valor abandonar su casa á las primeras horas de la noche para recorrer las calles de Madrid, y se iba armado y dispuesto á correr una aventura, y hoy se anda libremente y sin temor ni sobresalto alguno desde el anochecer hasta la alborada. Pues del propio modo las guerras, que antes se encendían con el más fútil pretexto, hoy, por punto general, no se declaran hasta que no lo aconseja la conveniencia, cuando se aguardan grandes ventajas de la victoria, y es ésta tan costosa y tan sangrienta en las luchas modernas, que va madurando la idea de que tan problemática ganancia no merece aventurar las ventajas que se cosechan con la paz, que el más fuerte es el más rico, y la riqueza huye de esas naciones convertidas en campamentos, siempre con el pié en el estribo, siempre amenazadoras, y para quienes parece que no se ha escrito la sublime máxima del Cristianismo “amaos los hombres como hermanos”, ni el axioma económico-moral de que las riquezas, los honores y la consideración se consiguen trabajando, produciendo, inventando, no riñendo, no venciendo ni aniquilando al vencido. En España, en este punto, estamos en mejores condiciones que la mayor parte de las naciones de Europa. Es acaso efecto del carácter: hemos combatido por el honor, no con miras ambiciosas. No tenemos enemista-

des, y sería hacedero suprimir el reclutamiento forzoso y sustituirlo con el voluntario.

La empleomanía es el *modus vivendi* más socorrido en España: ahí cabe todo, desde el jefe de una dependencia importante, cuya única preocupación es la nómina y su único saber firmarla, hasta el ente ridículo al que la idea de su autoridad ha transtornado hasta el punto de no consentir, v. gr., que las mesas de sus oficiales sean más altas que la suya, rebajándolas en proporción á la categoría, y pudiendo decirse que toda su ciencia pende del mayor ó menor arco que abarquen los extremos de un compás. Incapaces de sacramentos, como con epigramática frase dice el vulgo, desempeñan puestos importantes, causando males sin cuento á ciencia y paciencia del pobre país; mas muy á satisfacción de Venus y Mercurio, ó al abrigo de un extenso árbol genealógico, ó al amparo de bien cultivada amistad.

El pobre labrador ve que la contribución le agobia, que sus tierras no le resarcen, que su capital se menoscaba, que empapa el sudor su frente, y á pesar de eso y de la sabia sentencia de la escritura sus trojes disminuyen y el pan escasea. Que le es imposible no ya mejorar sus tierras, esmerarse en su cultivo y abonarlas, pero ni aun crearse el más pequeño capital ni proporcionárselo en buenas condiciones; que se encuentra rodeado de familia; que recuerda la vida holgada y regalona de los empleados de la ciudad, indaga, busca relaciones, aprovecha el período electoral, y en vez de dedicar su hijo á la agricultura para lo que muestra aptitud, y que se halla desamparada de brazos, le busca una credencial; y hay un detestable empleado más y un buen labrador menos. Cambia la situación, queda cesante y regresa al pueblo, perdidos los hábitos de trabajo, con ambiciones y deseos que



suelen dar muy mal resultado. De todos modos existe un miembro inútil ó poco menos, que á lo sumo sirve para desempeñar tal cual comisión ejecutiva que le produzca algo; no importa cómo.

La decadencia de la agricultura, la mísera vida del labrador, contribuye también á que los padres dediquen sus hijos al estudio, y los hagan médicos ó abogados; á lo que se presta no poco la facilidad lamentable que existe hoy para obtener tales títulos. Como no se han consultado ni sus aficiones ni su aptitud, resulta que, obtenido el título, no sabe qué hacerse con él. Entretanto el padre se ha arruinado; y al hijo que constituía toda su esperanza, acostumbrado á una vida llena de holgura y de satisfacciones, de nada le sirve su título: es un vano diploma que lo acredita de capaz oficialmente; pero esta aptitud de real orden no representa á menudo la necesaria para ganarse la vida. He aquí, pues, algo que consume y no produce, un hombre ocioso y pobre, con hábitos y prácticas de ciudad, á quien su situación hace inmoral muy á menudo. El capital que ha consumido pudiera constituir una excelente reserva, y aplicado á las tierras haber duplicado sus frutos; mas ha desaparecido y la agricultura se resiente de la falta. El ejemplo de grandes fortunas improvisadas al abrigo de un empleo, merced á un título, deslumbra al pobre labrador, le ciega el ansia de ganar y concluye sacando á su hijo de su esfera y haciendo esfuerzos tales que lo agotan y lo pierden. Si la agricultura tuviera porvenir nada de esto sucedería; mas dada su decadencia, no es extraño ver... puedo citarlos, labradorcillos con un par de mulas que dan en renta ó á medias su hacienda y se refugian en la capital de la provincia, mendigando apremios ó dedicándose á extender recibos de contribución, y prefiriendo esta vida á la del cultivador, amenazado siempre por un recaudador

sin piedad. Sin darse cuenta, acaso, tratan de convertirse por este medio de azotados en azotadores, y acuden adonde ven más luz y dejan sus miserables fincas por recoger algún fruto de la viña administrativa. ¡Los hay tan sabrosos, piensan los pobres allá en la ahumada cocina de su miserable casa!

De aquí la vida raquítica y lánguida de los pueblos y la exuberante de las poblaciones: aquéllos se desangran y éstas se nutren. Donde hay un hilo de agua, donde no falta el pan, en las huertas de Valencia y Murcia la población es densa, mantiene numerosos labradores; no importa que los arrozales desarrollen fiebres intermitentes, no hay hambre, pues rebosan vida y animación sus campos, mucho mayor que la que nos ofrecen tierras menos fértiles, aunque de mejor clima y más sanas.

Y nótese un fenómeno digno de apuntarse, ya observado por Robert Peel, por densa que sea la población: "Si reina la abundancia, si los víveres están baratos, la cifra de los crímenes disminuye y la moralidad se extiende y se aumenta., La carestía de subsistencias, que engendra la miseria, es un peligro para la moral, es una situación que hace á muchos caer en las mallas del Código Penal.

MEDIOS DE EVITAR LA CARESTÍA
Y DE PROMOVER LA BARATURA EN EL COMERCIO
DE LOS ARTÍCULOS DE PRIMERA NECESIDAD.

CAPITULO V.

Mayor producción. — Consideración hacia el labrador. — Seguridad en los campos. — Justicia asequible é inmediata. — Buena administración. — Medios prácticos para titular la propiedad. — Refundición y mejora de las leyes hipotecaria, de enjuiciar y Timbre. — Catastros.

Es el primero de los medios una mayor producción, sin ésta es un delirio pensar en que las subsistencias se abaraten, pues es sabido que depende el precio de la oferta y la demanda; la producción influye en aquélla y si es débil se ofrecerá poco, en desproporción con las necesidades, habrá pocos géneros y muchos que los soliciten, pues el consumo es imprescindible, y como la cantidad de los alimentos no aumenta, aumentará el precio de éstos y se dejará sentir la carestía. Hay, pues, como medio más eficaz que mejorar la agricultura. Mientras nuestras tierras sólo nos den seis por cada simiente á lo sumo, que lo más frecuente es que produzcan tan sólo un cuatro ó un cinco, el producto resultará caro.

Para ello, es preciso que se tenga hacia el labrador y hacia la industria agrícola una consideración que hoy no merece. Es cierto que acabaron con la venida de la casa de Borbón al trono de España aquellas añejas preocupaciones que distinguían los oficios y las profesiones en nobles y viles; hoy, no se considera servil ninguna industria; mas todavía concede la sociedad sus preferencias á un título vano, y desdeña al hombre honrado y laborioso que ha amasado una fortuna con el sudor de su rostro. Una mano fina y bien cuidada se estrecha con más gusto que la del obrero fortalecida, ennoblecida y dura por el trabajo.

El trabajador no bulle, ni se agita, ni brinda en los banquetes, ni perora en los clubs; nadie, pues, se acuerda de él, ni nadie aprovecha su experiencia, no se le nombra para puestos donde su práctica y su competencia pueden utilizarse; tales puestos son para el político, que á menudo ha abandonado sus libros y su profesión, ó es abogado sin pleitos y sin leyes, ó médico sin enfermos y sin conocimientos anatómicos. Mas nada de esto importa: un poco de verbosidad, ninguna aprensión y no tener sistema fijo en política, son condiciones para brillar en cualquier partido. Si además se dispone de gran dosis de paciencia, y se aprende el arte de poner buena cara al mal tiempo, y se tiene cierta soltura y gran desembarazo para hacer la tertulia á algún gran hombre, conllevarle el genio y felicitarle en el día de su Santo, puede llegarse á director ó á senador vitalicio, ó á lo menos á Gobernador civil, sobre todo en ciertas circunstancias en que una inopinada llamada al poder sorprende á los partidos, y los encuentra poco preparados por una larga oposición y escasos de personal.

Pues bien: el labrador ve lucir estos meteoros y

compara su brillante y desahogada vida con la trabajosa y arrastrada que le cupo en suerte. Observa que todo lo pueden y que todo se les concede, y suspira recordando que su anhelo es el despacho de un expediente cuya resolución le interesa, y que á pesar de ser justísimo, no se le despacha ó le amenaza una resolución injusta; á pesar de que el pobre hombre instigado por su mujer, que participa de su impaciencia, hace un viajecito todas las semanas y van ya unas cincuenta, y nótese que no hay en esto exageración, sin que el asunto haya adelantado un milímetro.

Y se encuentra pequeño, pobre, aislado y su terreno le pide el tiempo que pierde. Y ve más: que nadie repara en sus apuros; que se le exigen contribuciones por todos lados; que el recaudador no le tiene consideración alguna y le trata con dureza; que el cacique del lugar le hostiga, le prepara emboscadas, le denuncia fincas y le arruina y le pierde; y trabaja y suda y se afana, y no consigue mejorar su situación, ni ser más atendido. Toda una vida honrada, sencilla y laboriosa no vale lo que unos cuantos votos de una docena de haraganes. Y luego después de tantas fatigas, observa que para otros son los plácemes y las canonjías; á él, á lo sumo, sólo le queda una azada... si no se la han embargado. Si se inutiliza porque al volver tarde, su trabajada vista no le ha advertido el peligro y ha medido con su cuerpo la altura de un desmonte, si el reuma le postra ó las intermitentes lo dejan inválido, no encuentra una jubilación como el empleado, ni el político; consume sus tristes días y aguarda el fin de su vida en el catre de un hospital.

Pretender que el agricultor trabaje mucho y bien, mientras los frutos de su trabajar, como dice D. Melitón Martín, sean el botín del fuerte, la presa del astuto, el juguete de la arbitrariedad y la hartura del

habilidoso, es empeñarse en el imposible de falsear las leyes naturales, ó mofarse de Dios, del prójimo y de sí mismo.

Es verdad; en país donde abundan los vagos de Real orden ellos se llevan toda la consideración, todas las miradas, y el labrador encorvado en su surco sólo merece una mirada hipócritamente compasiva. Y ni aún esto porque nadie lo ve, que la vida oficial hoy es la de las ciudades: allí se forjan las teorías y las leyes, y los efectos alcanzan á tal distancia al labrador que sólo después de mucho tiempo pueden observarse y llegar las quejas á quien puede prevenirlos y evitarlos.

Buen ejemplo nos ofrece la información agraria. Ha sido necesario que la agricultura en España esté á punto de perecer para que se lleve á efecto. Pero en fin: el milagro se ha realizado, y como somos optimistas, y reconozco que en este punto todos los partidos están animados de los mejores deseos y hay en ellos hombres muy patriotas, muy inteligentes y muy honrados, y como la información abierta les ha hecho conocer muchos males, confío y tengo por seguro que han de acudir á su remedio y que ha de mejorar mucho la situación.

Seguridad. — He aquí otro elemento indispensable para la vida de los campos. El labrador tiene su cosecha, todos sus bienes á la vista, en el campo, á merced del ratero que le hurta los frutos, ó del malvado que le descepa las viñas, ó le tala los olivos, ó pone fuego á las mieses. Mas no son éstos sus peores enemigos: la Guardia Civil, institución que por el fin que realiza, y por los servicios, el celo y el buen comportamiento de sus individuos sólo loa merece, da buena cuenta de

ellos. Mas hay otros á quienes no asusta el anti-estético, aunque honradísimo y salvador tricornio: á los muñidores de lugar, que se encubren con el manto de la ley para herir más á mansalva; al empleado que acecha tras su desvencijada mesa al labriego; al recaudador que aprovecha la circunstancia de que absorto el labrador en sus trabajos ignora su estancia, acude tarde á hacer el pago, y le exige recargos ó le embarga los frutos pendientes y nombra depositario á su mayor enemigo, ó para cobrar dos le pide veinte; al comisionado tan conocido de todo Ayuntamiento rural; al investigador que diz que examina más que papeles el estado de su bolsillo, y aprieta ó afloja, según corran mejor ó peor las cintas de su bolsa; al delegado que forma cuentas á los hijos de los nietos de un pobre jornalero que fué alcalde hacia el 40. En fin, á una plaga de parásitos que viven á expensas del labrador, y lo ahogan é impiden su crecimiento, que tal es la misión que realizan sus congéneres en el campo, y no habían de ser una excepción los de la ciudad.

Y aun le queda, si de tantos peligros el cultivador se salva, uno más que apunto aquí como gravísimo: la Administración. Nadie en España puede estar seguro de que no le arrebate lo que tiene, no porque legalmente sea esto hacadero, sino porque á sus servidores nada los arredra, ni nadie los detiene si tratan de infringir la ley. Voy á demostrarlo con ejemplos.

Puedo citar una persona á quien se le han embargado bienes en concepto de heredero del deudor, á pesar de justificar con una escritura pública que no lo era ni poseía finca alguna heredada de dicho señor. ¡Era enemigo del Alcalde y bien valía esta enemistad aquella mortificación! Entabló expediente, reclamó,

nó se descuidó lo más mínimo; todo en vano; no pudo segar sus cebadas, ni sus trigos, pero sí contribuir para el sostenimiento de una Administración de numerosos empleados, cuyo celo, aptitud y moralidad son tan notorias que no les permiten despachar en breves días expediente tan sencillo.

Puedo citar lo ocurrido á la viuda de un administrador sulbalterno, á la que dos años después de muerto su marido se le embargaron las rentas de la única finca que poseía. Reclamó, justificó que había heredado la finca de sus padres, expuso que sus productos, muerto su esposo, le pertenecían exclusivamente, todo en vano; sólo logró enterarse de que aun no se había formado la liquidación á aquél, ni examinado su escritura de fianza, ni aplicado la que él prestó al pago del alcance, que por ciencia infusa y por maravilloso modo preveía el tiralíneas; mas por si acaso, se le privaba del único bien que poseía, se le arrebatava su único recurso. ¡Entre tanto cobraba los intereses de la fianza de su marido! Con tal Administración cada uno de cuyos tardos pasos suelen ser una inmoralidad ó una torpeza ó una trampa, ¿cómo ha de prosperar nada en España? Y la agricultura menos que otra industria, pues como la tierra no puede ocultarse y es una riqueza chillona, en ella hace presa el Fisco ó sus agentes, lo cual aunque lo parezca no es lo mismo. Los dos ejemplos citados, con mil más que pudiera apuntar parecen acusar ignorancia ó gran interés en pro de los intereses públicos, mas se equivoca quien tal piense; detrás de tales exabruptos no es extraño encontrar, casi se encuentra de seguro al empleado venal, al intrigante y apañador funcionario. Es en verdad la excepción, no lo general; pero tal excepción debe desaparecer, montando la máquina administrativa de tal modo, tan sabiamente, que acuse los retrasos y publique



las faltas, pues sólo á defectos del organismo puede atribuirse el hecho de que siendo el Ministro y los Jefes superiores de la administración honrados y buenos, existan, aunque en gran minoría, empleados ineptos, holgazanes ó viciosos, y se hagan viejos en provincias y en los centros, y hasta consigan ascensos que de fijo obtienen porque el Ministro que se los concede ignora sus faltas. Así se explica que haya alguno que se ocupe en revisar cuentas y en poner reparos á pesar de no saber leer y de no conocer el valor de cantidades compuestas de cinco ó seis guarismos, si tienen intercalados algunos ceros. Todo esto debe mejorarse en bien de todos; mucha moralidad en el desempeño de los cargos y gran rapidez en el despacho de los asuntos; es decir, honradez y diligencia y celo en el empleado son más recomendables y más necesarias, á mi juicio, que una gran aptitud, con ser tan apreciable esta última cualidad. Y vuelvo al tema, y voy á hacer mención del infeliz que compra una finca á quien exige el recaudador los atrasos de ocho ó diez años. Verdad es que la ley le escuda, que sólo le son exigibles los dos últimos años, pero por de pronto le embargan, le venden y le saquean, si reclama y se forma expediente, en primer lugar nada le evita, mas si á pesar de eso lo intenta, ó dimite ó se somete, tal es el dilema; si está dispuesto á acceder á cuanto se le diga, se le desface el entuerto, é si non, non. Tal es la historia de muchos de esos expedientes que se hacían en las oficinas públicas. Representan el sudor, el pan, la esperanza de infelices labradores; mas ¿qué importan tales pigmeos al endiosado por una credencial, á menudo sin otros méritos que los que no pueden decirse? Si el labrador necesita alumbrar aguas, si acude para que se dilucide una cuestión sobre su aprovechamiento, su empleo ó su distribución, mucho caudal tendrá la

acequia, grande será su valor é inacabable su paciencia si la ve resuelta ¹.

Mas se me argüirá, y la

Justicia. — Ahí está nuevamente retorcida en punto á lo criminal. Tenemos, pues, que habérmolas con una rozagante moza, no con una dueña quintañona. Aquí no hay inmoralidad. Justo es confesar que los jueces, con raras excepciones, son íntegros y honrados. Es cierto que la recomendación, esa plaga nacional, como la llama con gran exactitud D. Melitón Martín, hace mella en mayor número de juzgadores, sin que por esto me atreva á afirmar que quebrante su ánimo, hasta el punto de poner á su servicio la espada de la ley; mas constituido el Tribunal, el hombre honrado debe bajar la cabeza y recoger su espíritu, pues va á caer la ley sobre el culpable, y dignos oráculos van á interpretarla.

No quiero con esto decir que las sentencias sean siempre acertadas, los que las dictan no son infalibles, pero sí los animosos y leales paladines de la justicia. Algo falta aun en este punto; los Tribunales están muy alejados del labrador, éste los mira con temor y con recelo y á aquéllos les faltan datos y conocimientos de la localidad y detalles necesarios para formar cabal idea. Mucho bien hacen, pero mayores beneficios obtendrían del jurado. Es más; al proveer los nuevos puestos se ha concedido todo al favor y nada á los merecimientos, ó muy poco al menos, según se dice. Es

1 Escrito este trabajo cuando se hallaba vigente la ley para el procedimiento de apremio de 3 de Diciembre de 1869, en su art. 13 se establecía que caducaba todo débito por contribuciones directas si no se reclamaba en el espacio de dos años. Hoy no es exacta la observación, porque la instrucción vigente de 20 de Mayo de 1884, establece en su art. 12, reformando el 13 de la antes citada, que el plazo de dos años marcado en aquélla para la caducidad de los débitos es de quince años, innovación que ciertamente no aplaudimos. (*Nota del autor.*)

claro que en muchos casos el más recomendado era también el mejor; pero en otros, justapuestas las recomendaciones y el saber y los merecimientos del recomendado, resultaba que estos merecimientos no sirvieron ni aún de hoja de parra para tapar las vergüenzas de tal recomendación.

La justicia civil merece distinto juicio al que esto escribe; efecto de nuestra manera de enjuiciar, de nuestras costumbres forenses y de nuestra ley del Timbre, ley fiscal tan dura como sus congéneres, resulta dilatoria y costosísima. Apelo al juicio de mis compañeros. ¿Quién entre ellos no se siente con fuerzas para dilatar el asunto más breve, un juicio sumario, siquiera un par de años? ¿Quién es capaz de fijar límites á una demanda sobre servidumbres, á un juicio de testamentaria, á una cuestión entre condóminos? ¿Quién de contener la velocidad de la péñola escribanil, enfrascada en la agridulce tarea de multiplicar diligencias que produzcan sabrosos honorarios? ¿Quién ha echado de menos á un procurador ruinoso para el litigante é inútil para el Abogado? Pues todo esto y mucho más que pudiera añadirse, hace que la justicia no esté al alcance del pobre labrador, y que en vez de recurrir á ella huya de estrados por dos razones: la primera, porque si una vez ha entrado, no queda su bolsillo para contarle y se suele quedar con derecho, pero sin nada sobre que ejercitarlo, y la segunda porque se han repetido tanto estos excesos que ha disminuído sensiblemente la raza. No hay ninguna que resista sin decaer, plagas tan atroces. El labrador, además, dispone por lo común de pocos recursos en metálico, y los curiales sólo le piden onzas que saben á todo y si no no marcha el asunto y cada paso hace retroceder el caudal del labrador, que acaba por comprender que derechos tan costosos y que tanto le tuercen no valen lo que unos

cuantos celemines de tierra que puede comprar con el menor de los desembolsos que se le exigen.

Otro inconveniente que en la mayoría de los casos hace inaccesible el templo de la ley al pobre labrador. Lo deficiente que es la titulación de sus fincas. Exige ésta formalidades tan costosas que en países donde está tan dividida, tan desmenuzada la propiedad, como en la mayor parte del nuestro, la titulación y el Registro son imposibles.

Como falta un catastro los linderos se alteran, son con frecuencia inciertos. Como las testamentarias ó abintestatos son pequeños, no pueden soportar los grandes gastos que su legal formación ocasiona, pues sólo éstos absorben una buena parte, encargándose de la restante la Hacienda, con su papel y sus derechos por el impuesto de transmisión de dominio, y el Registro con los honorarios é inscripción, si es que ésta puede hacerse, que en la mayoría de los casos falta la primera inscripción y no aparece la finca en los libros. Y nótese que esto es más necesario en países donde el suelo se halla extremadamente dividido, pues en ellos las cuestiones son más frecuentes, la alteración de linderos constante, los apuros al vender y al comprar continuos y los conflictos que se originan irresolubles, pues á veces cuesta más la escritura, los derechos á la Hacienda y la inscripción de lo que vale la finca.

La inmensa mayoría de la propiedad agrícola se halla basada en la posesión, en el hecho material, en la ocupación, en el mismo derecho que invocaban las venideras huestes de Alarico, de suerte que hasta la misma falta de titulación proclama y denuncia nuestro atraso. Nada concreto, fehaciente ni definido encontramos, nada formal, todo es rudo y primitivo, y no poca parte de culpa tienen la ley fiscal, la de procedimientos y la hipotecaria. Bienes así poseídos se han de

resentir del temor que constantemente asalta á su dueño, ante la posibilidad de una perturbación, á la que sólo puede oponer un derecho imperfecto, puesto que carece de un título de propiedad que acredite la plenitud de su dominio.

Resumiendo, pues, este primer grupo de remedios, cuyo planteamiento urge para levantar á la agricultura de la postración en que yace, es preciso conceder al labrador una estimación que no se le otórga; establecer en su obsequio una buena administración que le proteja y atienda en vez de desplumarle, y menos mal si alguno de sus servidores no le insulta, que también esto ocurre.

Es preciso ponerle á cubierto de las iras del cacique del lugar, del reyezuelo de aldea; concederle la consideración que merece y respetar el fruto de sus afanes, darle seguridad, acabar con los parásitos apuntados que abusan de su buena fe, de su credulidad, de su ignorancia; facilitarle las reclamaciones, instruirle, desterrar ese temor que le inspiran su rudeza y su falta de conocimientos, y que aprovechan hábilmente los recaudadores y demás roedores de las trojes del labriego. En una palabra, establecer una buena fiscalización administrativa dotada de un buen personal, en cuya elección no intervenga la Diosa de las delicias, y hacerle que cumpla y respete las leyes que esto basta, pues España brota leyes como el campo flores, y no son buenas disposiciones las que faltan, sino voluntad y deseo de aplicarlas. A la sombra de excelentes disposiciones se cometen grandes abusos, que una sola palabra pudiera cortar. Elementos existen para esto, basta saber apreciarlos y querer utilizarlos. Esta mejora sola bien vale la supresión de un impuesto. En lo criminal, el establecimiento del jurado; en lo civil, la justicia gratuita; la rebaja, al menos, del timbre; la reforma de la ley

hipotecaria, el catastro. Daría buen resultado la refundición, cercenándolos piadosamente, de los derechos del timbre, traslación de dominio y honorarios del Registro, haciendo que éste se estableciera en cada localidad, facilitando por de pronto la inscripción, con otros detalles á los que aquí no es posible descender. No obstante, no puedo excusarme de explanar á grandes rasgos mi idea, porque ó mucho me equivoco, ó la mejora que propongo, una vez planteada, daría ópimos frutos.

La tierra bajo el punto de vista que adoptamos ahora, hay que apreciarla en la porción que á cada propietario corresponde y aun más si ha de ser completo el estudio que hagamos, debemos tener en cuenta los productos que ofrece al labrador considerando á éste como dueño de un capital, cuyo análisis nos da estos componentes. Como terrateniente posee un capital fijo; sus tierras, sus alquerías, sus casas y los instrumentos agrícolas, aperos de labranza y demás elementos accesorios que concurren á la producción de un modo indispensable é inmediato. Posee además los frutos ó productos que extrae de sus tierras, de sus viñas, de sus olivares, de sus huertas en cada añada, y todo ello constituye su capital móvil. La situación del labrador, por lo que respecta á su capital fijo, es aquí en España verdaderamente notable. Más que fijo podríamos decir que está clavado, incrustado de tal modo, que casi siempre, por grande que sea su deseo ó su necesidad de desprenderse de él en todo ó en parte, no puede conseguirlo.

En ciertos momentos, más que un auxilio es una carga para el labrador, y entonces le aconseja su conveniencia arrojarla de sus hombros para que otros más robustos la sostengan, y nuevo Prometeo encadenado á su roca, cuantas más vueltas da, cuantos más

esfuerzos hace, más y más estrechamente le abrazan y le abruman sus olivares, sus tierras, su hacienda toda. Depende esto de lo defectuoso de la titulación y de que aunque se halle titulada, no siempre se identifica bien la finca, ni hay seguridad de que se precisen exactamente su situación, su extensión, su clase y sus linderos. El actual costosísimo sistema, al exigir para la transmisión de una finca de tres celemines, escritura pública, en el papel correspondiente (que no es nada barato) ante notario, á quien también hay que pagar y presentarla luego á la Hacienda, que también cobra, y llevarlo después al Registrador, y también resulta costoso el viaje, debe desecharse por imperfecto y nada práctico. Porque si ese propietario ha adquirido esa finca con otras veinte ó treinta más, por herencia de sus padres, para estar en condiciones de venderlas, ha necesitado, suponiendo que aquél de quien procedan se enfrascara en la inacabable faena de obtener, sacrificando tiempo, suscribiendo fórmulas y gastando dinero, la inscripción en el Registro, que formalizar la testamentaria pidiendo en otro caso la declaración de heredero abintestato, obteniendo testimonio de su haber, pagando los derechos de transmisión de dominio é inscribiendo éste, todo por su precio ó recompensa, resulta que el Estado al dar medios al particular para afirmar y para dar publicidad á su derecho, le obliga á subir una penosa escala; la de la ley del timbre; tiene que hacer arribada forzosa en dos aranceles: el del notario y el del Registrador; y por último, como sirviendo de copulativa ó de nexa entre ambos, pagar el impuesto de transmisión como antes pagó el del timbre. Total: que el Estado, más que protector, parece un empresario que sólo piensa en sus utilidades sin curarse de las penalidades del propietario, cuyo capital desaparece, si no es crecido, entre tanta formalidad y

entre tanto arancel y entre tanto pago. Si trata de vender y no ha formalizado la venta, ó no le compran ó si lo hace alguno es á bajo precio en razón al peligro que arrostra. Pues bien: resolveríase la dificultad del modo que en el capítulo siguiente indicamos respecto á las pequeñas testamentarias y respecto á los contratos, permitiendo los privados y dándoles la misma validez y la misma fuerza que á los públicos, una vez inscritos en el Registro. Éste, que es la base de todo el sistema, debiera llevarse en cada pueblo, pues el actual está muy alejado, por punto general, de los que á él tienen que acudir, y luego está tan fuera del alcance del pequeño propietario, que lo considero inútil y además es tan diminuto, es tan imperfecto que en muchos casos crea un estorbo más que una ayuda.

Ni facilita la movilización de los bienes, ni precisa la finca, ni guarda en sus hojas toda la propiedad del partido, sino una mínima parte, ni da idea de nada, pues al contemplar lo lentamente que se llenan dichas hojas sólo ocurre pensar que debe ser vicioso el sistema cuando sólo da tan efímeros resultados, que en vez de registro de fincas del partido debiera titularse: "Tentativa de Registro de alguna de las muchas fincas del partido," y advertir piadosamente que está hecho para lo grande, no para lo pequeño; que en sus folios perecen los peces chicos y aun los medianos, que sólo viven y prosperan las propiedades extensas y valiosas. Para evitar tamaños males fuera menester llevar en cada distrito municipal el Registro de fincas correspondiente al mismo, obligando á cada propietario á presentar una relación comprensiva de la clase, cabida, extensión, etc., de cuantas le pertenezcan, escribiéndolo con estas declaraciones y custodiándolo en la secretaría del ayuntamiento el encargado de llenarlo, que sería el secretario. Una vez formado el Régistro por orden



alfabético de apellidos, con sus índices personal y de fincas, y con su resumen parcial al final de cada libro, y general en uno especial que podría consagrarse al efecto, se irían anotando en ellos las transmisiones de dominio que ocurrieran, las hipotecas y cuanto afectase á la situación, al movimiento y al valor de las fincas, dando cuenta quincenalmente con remisión de documentos al Registrador del partido, el que tendría la obligación de revisar las operaciones hechas en los pueblos, haciendo á su vez las anotaciones necesarias, sirviendo éstas para comprobar las hechas en las localidades. Se conseguiría por este medio inscribir toda la propiedad, obteniendo un dato importantísimo, del que hoy carecemos, y con un buen reglamento se purgaría el Registro de los defectos gravísimos que notamos en el actual, en el que el Registrador sólo conoce la propiedad por lo que dice el libro, mientras que en la localidad misma es fácil y posible la comprobación. Tal es el medio que encuentro para movilizar la propiedad inmueble, para libertar al cultivador de la servidumbre en que vive, para romper las cadenas que le aferran á su capital fijo, para facilitarle mayores elementos de vida con los mismos medios; podría este Registro así establecido, servir de base á numerosas estadísticas y proporcionaría al labrador y al tratante exactas y numerosas noticias que hoy echa de menos y le obligan á vivir apegado á la rutina. Podría, en suma, ser el precursor del catastro y aun servirle de base, haciendo poco sensible la falta del parcelario, y el Estado obtendría pingües rendimientos, porque aun suprimiendo el timbre y las costosas formalizaciones de documentos y aun dando sueldo á los Registradores de partido, el impuesto de derechos reales y transmisión de bienes, único que debiera exigirse, aumentaría en proporción asombrosa y proporcionaría á la Hacienda recursos para

llenar aquellas bajas y para atender á los gastos que se impondría. Además aumentaría la masa contributiva, la materia imponible de la que se extrae la contribución territorial. Y por último, se economizaría tiempo al contribuyente y el Estado aparecería ante él con el carácter de protector ahorrándole esfuerzos, y no exigente é implacable, demandándole á cada paso y por cada formalidad insoportables desembolsos. Así desaparecería la característica actual de la propiedad, que es la inmutabilidad, fijeza y rigor que no consienten ni las vicisitudes de la vida, ni la esencia misma de las cosas y de las relaciones humanas, que pasan ó se suceden y cambian con tanta prontitud, como las imágenes que vemos á través de los cristales de un kaleidoscopio.

Respecto á los frutos, si los Pósitos se transformaran en bancos agrícolas, y esto sucederá cuando la propiedad territorial se registre bien y puedan conocerse y apreciarse su valor y su situación, podrían servir al labrador para obtener préstamos á módico interés, dejándolos en prenda le proporcionarían un respiro y le pondrían en condiciones de aguardar la sazón y el tiempo oportunos de presentarlos en el mercado.

Hoy necesita además que sean conocidos, y para ello convendría que hubiera exposiciones permanentes de granos y de caldos en todos los pueblos cabezas de partido, donde cada uno de los que constituyeran la demarcación llevara sus muestras con notas detalladas por artículos de las existencias de que se dispusiera, del precio y de cuanto pudiera facilitar la venta. A su vez el partido haría el resumen con igual detalle de cuantos productos pudiera ofrecer todo él y lo remitiría á la capital de la provincia, y en ella y en un *Boletín oficial* se publicarían los días 1.º y 15 de cada mes las existencias que hubiere en cada uno de aquellos. Para todo esto bastaría obligar al labrador á que

levantada que fuera la cosecha, presentara en la secretaría del Ayuntamiento relación exacta de la suya, de la parte que se reservare y de la que destinara á la venta. Podrían así formarse excelentes estadísticas, se conocería la producción, dato importantísimo que hoy es una verdadera incógnita, ofrecerían estos datos ancha base para las reformas, podrían hacerse analizándolos debidamente observaciones atinadas, y adoptar remedios que hoy no podemos descubrir, ni aun sospechar; el comprador y el vendedor se pondrían en relación con más facilidad, y no obrarían á ciegas, como hoy sucede, y, en suma, se nivelarían los precios de las existencias y podrían preverse sus variaciones.

Sin esto, y luchando además con el grave inconveniente de la pulverización de la propiedad, del que más adelante nos ocupamos, la regeneración de nuestra agricultura es muy difícil; pocos capitales se destinarán á ella, pocas mejoras se harán mientras el labrador se encuentre aislado fuera de su aldea; mientras tímido é irresoluto ante una administración esquivada y adusta le impida el pavor formular la menor queja. Seguirá contemplando receloso al forastero que acuda á la posada, escudriñando con aterrada mirada si se parece al comisionado, al investigador, al delegado que le imponen continuos é inacabables sacrificios; mientras sepa que del odio del gran elector de su pueblo dependen su fortuna, su sosiego y su bienestar; mientras lejos de su hogar, su honrado y burdo traje, su tostado cutis, sus encallecidas manos sólo sirvan para recomendarle á los timadores, y sólo valgan para que le miren con desdén, con burla acaso los encopetados ciudadanos.

Mientras todo esto suceda, locura es pensar que el cultivador que al cabo de su vida apenas si logra, tras continuos afanes y sufriendo muchas privaciones,

conservar lo que heredó, no malgaste parte de su fortuna en dar carrera á su hijo ó su tiempo en correr tras el hombre político que le ha de dar la mano; siempre que sepa que si él se inutiliza, perece de hambre ó va á un asilo; cuando otros entes acaso más inútiles, cuyos servicios han sido problemáticos ó nulos, tengan, después de una vida holgada y regalona, una vejez cuyos achaques amenguan pingües jubilaciones y no escasos productos de capitales adquiridos á muy poca costa. Ni la ley, ni la costumbre, ni la sociedad dispensan al labrador, ¡es tan honrado! ¡tan rudo!, la acogida que merece. Ya no es villano; pero es labrador y se le dirige la mirada más desdeñosa y se le impone la carga más pesada.

SEGUNDO GRUPO

Conquistar tierras. — Mejorar los cultivos. — Alumbramientos de aguas. — Facilitar capitales al labrador. — Creación de bancos agrícolas locales. — Crear cotos redondos. — Cultivo intensivo. — Caseríos. — Guardia rural. — Estabulación de los ganados. — Aumento de éstos al tenor de la población rural. — Buenos caminos.

Queda dicho que en España no se cultiva todo el terreno productivo; un 15 por 100 de tierras requieren la ruda mano del labrador para ofrecerle frutos; mas esta reserva no es posible utilizarla, interin ande tan escasa la gente del campo. Sin el aumento de la población es ocioso y desatentado pensar en tal conquista; mas si se mejoran los métodos de cultivo y se fuerza y aumenta la producción de las tierras, es indudable que los capitales acudirán á explotarlas y tras ellos los brazos necesarios para abrir el surco y arrojar en él la productiva semilla; la feracidad de lo cultivado atraerá moradores, y la corriente de emigración que se encamina á todo país próspero, y el incremento natural de la población harán que resultando escasa la parte cultivada, en desproporción con el número de los cultivadores, recurran éstos al medio de conquistar tierras, hasta entonces baldías, labrándolas y extrayendo de su seno preciados productos. El alumbramiento de aguas y los abonos son los remedios más

indicados; pues mientras no se aumente el tanto por ciento de tierras de regadío, resultará siempre que tendremos tierra y luz y calor en abundancia; pero la planta que germinará lozana y crecerá con rapidez se agostará sedienta, y á lo sumo, nos ofrecerá frutos mezquinos. El vegetal sin agua envejece y muere sin haber alcanzado su completo desarrollo; aquélla es lo que un buen alimento al hombre, lo robustece y le hace adquirir la plenitud de su fuerza, mientras que la miseria lo convierte en anémico, le priva de fuerzas y lo mata.

Los abonos devuelven á las tierras agotadas por el esfuerzo de la producción los elementos que les han arrebatado las plantas que de su seno han surgido. Aquellos principios que una activa producción descompone, se asimila y arrebatada á la tierra, los sustituyen los abonos, y es notable la diferencia que existe entre una tierra abonada y otra que no lo está, tanto en la calidad como en la cantidad de los productos; por eso aquellas labranzas que se ayudan con los esquilmos de un buen hatajo de ganado, obtienen productos mucho mayores que aquellas otras que carecen de este elemento de riqueza.

Mas para esto se necesitan capitales, que ya queda sentado siguen en España un derrotero muy distinto del que les traza la industria agrícola. El labrador carece de instrumento tan poderoso, y si bien tiene el Pósito; éste, á lo sumo, le proporciona simientes escasas, y Dios sabe de qué clase, ó á lo más le presta algún auxilio en los meses penosos del invierno. Pero necesita y á esto no alcanza aquél, un capital para reponer su labor, para mejorar el cultivo, para abonar sus tierras, para utilizar aguas, y esto sólo puede proporcionárselo un banco agrícola, institución que de arraigarse en España daría ópimos frutos. Es verdad que existe el Banco Hipotecario, pero está muy alejado

del labrador, supone una titulación sin defectos, exige costosos preliminares y no cumple por tanto el objeto de acudir donde el pequeño labrador lo necesita.

El Banco Hipotecario, á lo sumo, puede aprovechar á los grandes terratenientes, que si están necesitados no es en la mejora de sus fincas en lo que invierten, por regla general, el préstamo que se les hace.

El banco agrícola local es indispensable; pero si ha de dar resultados se requiere que la propiedad esté titulada, necesita además el catastro parcelario. Con estos elementos creo fácil, seguro y beneficioso su establecimiento. He aquí por qué sin titulación, el préstamo con garantía es imposible y sin aquélla las operaciones del banco no tendrían la solidez necesaria. El catastro facilitaría mucho la titulación y podrían identificarse fácilmente las fincas, sobre todo si se pusiesen en relación con el Registro. Ya dejo dicho que éste debía llevarse en cada pueblo ó término municipal, con la obligación precisa de que de toda carga ó gravamen que afectase á las fincas se diera conocimiento al banco agrícola, el cual con sólo acudir al Registro y al catastro podría conocer la finca, su valor y su situación legal.

La extrema división de las fincas sería un inconveniente grave para esto; pero en primer término, la mejora del cultivo traería consigo la disminución de aquélla. La ley podría hacer mucho acudiendo en auxilio de la propiedad rural y soldando los pedazos de la finca que la envidia, el sórdido interés, el ciego egoísmo ó una desatentada codicia tendieran á disgregar, facilitando los trueques, disminuyendo el timbre, proponiendo, en fin, medios fáciles, baratos y expeditivos para que los trueques ó permutas se realizasen, á fin de constituir el coto redondo y dar vida á la casería, ideal á que aspiraba el eminente patricio D. Fermín Caballero. Es indudable que este sistema mejoraría los

métodos de explotación y sería un paso gigantesco en el progreso de la Agricultura, haría cambiar el cultivo y de extensivo, lo convertiría en intensivo, pues la experiencia nos demuestra que donde hay caseríos como en las Vascongadas, ó logares como en Galicia, ó masías como en las provincias de Levante, el coto redondo en que se hallan enclavadas se ve constantemente atendido, se cultiva con amor, se trabaja con esmero y da pingües productos; mientras que en el Centro y en parte de Galicia donde la propiedad está muy dividida, se halla mal labrada, se siembra sin sazón, se pierde mucho tiempo en ir y venir á la heredad, en cambiar de pedazo; piérdeno los jornaleros en recoger la cosecha, en encerrarla, en defenderla de intrusiones; se cambian las simientes, se promueven pleitos y conflictos y la vigilancia es tan escasa que á veces, el labrador no visita sus pedazos desde que los siembra hasta que los siega. Es difícil no ya prevenir, sino advertir un daño, difícil la titulación y perturbador y funesto este fraccionamiento. Con él no es posible el empleo de instrumentos perfeccionados, ni cabe otra cosa que lo que se hace. Labrarlas mal, no abonarlas nunca y obtener un año malo y otro peor. El sistema de caseríos haría punto menos que inútil la guardería rural; mas hoy si se han de preservar los frutos de una mano aleve, criminal y codiciosa, es indispensable establecerla bien aumentando la Guardia Civil, ó bien creándola á imagen y semejanza de aquella institución, puesto que da excelentes resultados.

También deben desaparecer esas cañadas de noventa varas y esos cordeles de quince para el paso de los ganados trashumantes, que hoy son inútiles y roban mucho terreno á la agricultura, igualmente que los coladeros y otras servidumbres pecuarias. La estabulación del ganado es indispensable, no necesita



transterminar ni trashumar la afinación y mejora de la raza, y su aumento requiere el establo con arreglo á las condiciones locales, y no habrá donde dirigir los rebaños fuera del propio término, ni donde conquistar pastos y baldíos que ya estarán ocupados. El aumento de la población rural y la mejora del cultivo llevarán por la mano al incremento de los rebaños y á la mayor abundancia y baratura de las carnes. Por último, buenos caminos vecinales, una extensa red que haga olvidar las sendas de perdices, los baches y atolladeros, los barrancos, los obstáculos que aislan á un pueblo de otro; por los que puedan circular personas, ganados y frutos, sin los inconvenientes que hoy existen; que pongan en comunicación el último villorrio con la carretera ó el ferrocarril más inmediato; son reformas, mejoras y remedios urgentes, que reclama el misero labrador, cuyas escuálidas bestias se inutilizan de tanto ir y venir al mercado con frutos, en demanda de, quien compra á bajo precio y valido de las circunstancias ó no compra. Bien á menudo sucede lo primero, pues el labrador falto de recursos, ha salido de su casa para cubrir atenciones urgentes que no puede desatender, y fuera de ella transige y vende su mercancía á bajo precio, el que conviene al acaparador.

El agua. — El pobre labrador la llama humilde y desesperadamente en la rogativa, saca en procesión los santos y busca con ansiosos ojos la bienhechora nube, y ¡cuántas veces sólo fecunda la tierra la que sus ojos destilan! Acude á este medio porque ignora que el pozo artesiano, el pantano, el canal pueden salvarle. Mas son empeños superiores á sus fuerzas y en el estado actual de nuestra sociedad, regidos por Gobiernos que lo absorben todo, á ellos sólo puede pedirse que realicen el

milagro auxiliados por los municipios. Sus ingenieros deben estudiar los medios de llevar á los áridos campos un hilo de agua que los refresque cuando se abrasan, aumentando su producción en un diez por uno, estableciendo, obtenida el agua, un buen sistema de irrigación, que á fe que no hay que salir de nuestra querida patria para encontrar sabios y prácticos métodos.

Caminos. — La topografía de nuestro suelo los hace más indispensables; el accidentado suelo de la península exige una extensa y bien entendida red, sobre todo de caminos vecinales, que una el territorio todo con la de ferrocarriles y carreteras, que irradia del centro. Un buen ingeniero, que por fortuna abundan, y la recta administración municipal darían resuelto el problema; mas es imprescindible la intervención del Gobierno, pues no de otro modo se consigue la extinción de las irregularidades, cuya pesadumbre agobia y debilita los municipios. No entro en detalles de ejecución que me llevarían muy lejos. La canalización de algún río ó de algún trozo al menos, si fuese posible, facilitaría el arrastre de granos y productos agrícolas, cuestión que no es de escasa importancia dado su excesivo volumen y aun su peso. Demostrar que si se produjera más, se comería mejor y más barato, es tan obvio que no necesito esforzarme para llevar al ánimo del que esto lea, que atraídos los capitales que hoy dejan desamparada la industria agrícola, mejorados con su ayuda los métodos de cultivo, aumentada la materia, bien utilizada la fuerza y el agua, formado el caserío, y atenta la ley á auxiliar eficazmente al labrador y el Gobierno á construir caminos y á vigilar el fruto de sus economías, las especies alimenticias serían más abundantes; los gastos

de producción menores; su conducción al mercado, fácil; menor el interés del capital que en su producción se emplease, y el precio influido por la mucha oferta y por todos los demás elementos que concurren á fijarle, más acomodado, más en relación con los medios de que dispone el necesitado.

Las carnes seguirán el paso que les marque la Agricultura. Si el estado de ésta es próspero, es indudable que se abonan las tierras, y por tanto, que existen ganados, parte de los cuales irán periódicamente al matadero. La agricultura y la ganadería son dos hermanas, dulces compañeras del hombre, se desarrollan al par, y de su robustez pende la de éste.

CAPITULO VI.

Instrucción del labrador. — Formación de capataces y mayorales.
— Ideales del labriego. — Cría de las reses. — Mejora de razas
(afinación). — Cebamiento de las reses.

El labrador es rutinario, apegado al terruño y á la tradición, teme toda innovación, huye de toda mejora, es una especie de autómata, un instrumento más; labra, como le enseñó su padre; poda, como su abuelo; siembra como pudiera hacerlo un celtíbero; el gran impulso, los inmensos adelantos que las ciencias físico-naturales han realizado le son perfectamente desconocidos; sus esfuerzos, por arrancar á la tierra un producto, son casi exclusivamente musculares; su inteligencia no trabaja, y sin embargo, es preciso para redimir más y más al hombre; es necesario, para que éste haga contribuir las fuerzas cósmicas, al bruto y á la máquina cada vez con menos esfuerzos musculares de su parte, cada vez con mayor y más vigoroso arranque intelectual. Es indispensable al labrador el conocimiento de la geología, la química, la fisiología, la meteorología, la hidrostática y la agricultura, y todo lo ignora. La mecánica, la física, la termodinámica, parte de la historia natural y la química, para utilizar los productos y transformar las primeras materias y otros varios conocimientos, para elegir mercados y transportar

sus productos, y nada de esto sabe, y tan limitada como el error tiene su inteligencia, así tan cortas hace sus cosechas el empirismo.

Es desconsolador que en la Gran Bretaña con menos territorio que nosotros, con clima más desapacible, con sol más esquivo se obtengan cosechas que no sospechamos y se mantenga una población doble que la nuestra, cuya voracidad acaso es cuádruple. Son milagros de la ciencia, habilidades de la máquina, prodigios del salto de agua y de la fosforita, creaciones de labriegos que tienen menos endurecida la mano que los nuestros, pero más trabajada la inteligencia y más despierto el ingenio. Urge, pues, enmendar el yerro y dar una instrucción esmerada á los labradores, pues suponiendo que las mejoras obedezcan á un plan, al comenzar la nueva era que la prosperidad de la agricultura requiere, no faltará quien apetezca y solicite esa instrucción, convencido de su eficacia. La creación de cátedras *ad hoc* en los institutos y el aliciente de un título, serían, no hay que dudarlo, adunados con la propia conveniencia, estímulos bastantes. La enseñanza, que debería ser práctica, tanto ó más que la que se da en las Granjas-modelo, primero y tímido paso en este camino, pudiera dividirse en dos grados: el primero habilitaría para capataces ó mayorales aptos para secundar los planes del director de la labranza y para disponer las labores y los trabajos que aquél indicase, ó bien para dirigir por sí el cultivo. Y el segundo grado sería para el que lo obtuviera un título de perito en el arte agrícola. Sólo con esto muchas mejoras que hoy no se sospechan, se llevarían á efecto; perfeccionaríase el cultivo y los rendimientos aumentarían. Es el procedimiento racional que se sigue en toda explotación, y se fatiga inútilmente quien pide se trate bien á la tierra cuando se la desconoce; equivale á entregar

á un niño una locomotora. Si tiene abierto el regulador se disparará sobre la vía, y en otro caso permanecerá estacionaria, obedeciendo á las leyes de la gravedad, que el niño desconoce. La repoblación de las especies arbóreas es urgente; la reclaman los grandes calveros de las cimas de los que fueron montes, los continuos arrastres de tierra vegetal que se llevan las aguas, y la progresiva infecundidad de las laderas. Después de imponer severas penas al que tale los árboles, convendría dar un premio en cada distrito al que más plantase, y aun conceder ciertos derechos al que en terrenos baldíos los fijara, aumentando la contribución sobre los páramos y yermos, cuyo dueño no se cuidase de mejorarlos, sembrando y criando especies arbóreas. También en ciertas condiciones, pudiera eximirse del servicio militar activo á los hijos de labradores que más se distinguieran, recompensa y premio apetecidos que no dejarían de esforzarse en merecer. El derecho de usar armas y el de otorgarles una cédula personal especial y más barata, podrían también utilizarse con éxito, así como el ser circunstancia preferente para conseguir el nombramiento de juez municipal, repartidor y otros oficios concejiles.

El labrador de hoy suspira constantemente por un capital que necesita, del que carece; teme y es su pesadilla, al recaudador, ya del Estado, ya del Municipio; teme las elecciones, pues según le demuestra la experiencia sólo sinsabores y quebrantos le ocasionan, comprendiendo instintivamente que aprovechan únicamente á dos ó tres caciques, que suelen tener poca labor; teme los repartimientos, pues observa que con lamentable frecuencia no se hacen con equidad. No conoce la administración; sólo se la recuerdan los comisionados de apremio, los recaudadores, los investigadores, los inspectores, los plantones, las comisiones

de comprobación y los delegados del Gobierno que forman cuentas con gran desembarazo y facilidad. Es decir, conoce de la administración la parte más odiosa, la menos simpática; cree que es siempre amenazadora, la considera como un tirano, no como un protector. Desconoce sus reglas y sus procedimientos, no sabe los fines á que se encamina, sólo ve que quien habla en nombre de ella es para sacarle dinero. Y luego, si por sus desdichas la conoce más de cerca... su juicio ha de ser más desfavorable. Comprende debe contribuir al Estado, pero no se explica por qué paga él más que un su convecino que tiene doble labor, triples medios y un comercio. En una palabra, el labrador está falto de protección, ansioso de justicia; necesita que se le auxilie y se le ilustre, que se mejoren las formas de exacción de los impuestos, que se ponga coto á las demasías del recaudador, á la arbitrariedad del repartimiento, á las socaliñas y á las malas artes del comisionado, del investigador, etc., á las confabulaciones del alcalde y secretario con éstos, que casos ocurren por más que parezca extraño; hay que atender á devolver la calma á su espíritu y á hacerle comprender que se encuentra eficazmente protegido por una administración moral, pura, honrada, inteligente, activa, fuerte contra todo género de flaquezas, que lo defiende de toda injusticia, que le preserva sus cosechas, que respeta sus bienes, que atiende á sus ruegos, y que sólo le exige lo que le corresponde en proporción á su riqueza, castigando á quien atente á su bienestar, infringiendo las leyes fiscales ó las leyes civiles ó el Código penal.

Responsabilidad efectiva, definida en la ley contra todo funcionario descuidado ó moroso. Publicación real del repartimiento, formado el cual se extenderían papeletas, en las que se detallasen el concepto y la nota, que se entregarían á los interesados, empezando á

contarse desde tal entrega el plazo para las reclamaciones, el cual se expresaría en las mismas. Responsabilidad penal para todo defraudador, siempre que la defraudación traspase cierto límite. Plazos breves y perentorios para la tramitación de expedientes; reglas sencillas para su formación. Fiscalización administrativa á cargo de los abogados del Estado en cada provincia, no la irrisoria que hoy existe, en la que se da el caso de que un funcionario de menos categoría que otro y de igual maderera fiscalice los actos de su superior, á quien por lo menos hay que conceder más práctica y más respetabilidad. Obligación de abonar daños y perjuicios por todo empleado que por negligencia, malicia ó ignorancia los causase, imponiendo al fiscal administrativo la obligación de pasar aviso á los tribunales y de facilitarles los datos necesarios, y á éstos la de proceder de oficio: he aquí los remedios que por de pronto necesita el labrador en su calidad de contribuyente por el terruño que explota. No entro en perfiles y en detalles por más que estudiados los tengo, porque ni me alcanza el tiempo, ni lo considero aquí oportuno, pues el desenvolvimiento de estas ideas nos robaría gran espacio y no es propio de este escrito, solo apuntaré que el labrador hoy se encuentra en un círculo vicioso, sin instrucción y sin que se le faciliten los medios de adquirirla, sin árboles y sin medios de plantarlos ó una vez plantados sin poder evitar su tala, con impuestos crecidos y con administración defectuosa, y por lo menos ya que subsistan los impuestos y ya que las circunstancias no permiten disminuirlos, hay que mejorarlos y encomendar su administración á mejores manos, á manos que hagan justicia á quien la merezca, sin parar mientes en si es hombre poderoso ó labriego paciente y desvalido. Cuando esto suceda, el cultivador no verá tan oscuro lo porvenir, no le será



tan odioso el impuesto, aspirará á producir mucho, seguro de que sólo se le exigirá lo justo. No se le caerá la esteva de la mano, ni se llenarán de lágrimas sus ojos al acudir á su recuerdo la ingrata silueta del recaudador: al pensar que el premio de éste asciende á poco menos que lo principal, y los atrasos hábilmente acumulados le absorben toda su cosecha, aunque su valor real sea muy superior á la cantidad adeudada. Y nada digo si ha sido alcalde y le forman cuentas y lo arruinan y lo pierden por la desidia del secretario y por la inquina de algún convecino más bullanguero y agibilibus. Otro medio é importante por cierto, debía ser el de no exigir la contribución al labrador sino en el tiempo en que mejor pueda pagarla, dándole todo el año de respiro y concediendo una bonificación al que la anticipase. La contribución territorial se presta á estas mejoras, y la condición del labriego que no siempre tiene ocasión de vender sus cosechas, requiere esta concesión y estos miramientos.

La cría de reses también está descuidada en nuestra patria, siendo preciso que á los estudios agrícolas se unan los especiales que esto exige, que se aprenda á mejorar y á afinar las razas estableciendo exposiciones con ocasión de ferias ó fiestas, y adjudicando premios y distinciones al que lo consiga. Concediendo rebaja de impuestos al labrador que presentase cierto número de ejemplares de buena alzada y de buenas condiciones, á los dueños de paradas y al que mejor establecida tuviere la recría. Enseñando las ventajas de la estabulación, facilitando y abaratando el transporte por ferrocarril de reses sueltas ó en corto número, y concediendo algunas preferencias para la venta á las que excedieran de cierto peso, que pertenecieran á mejores razas, cuya carne fuera mejor. Las leyes fiscales hábilmente manejadas, el impuesto de consumos,

sobre todo, pudiera emplearse con éxito. Hace falta también una escrupulosa estadística, pues hoy no se sabe en punto á riqueza pecuaria más de lo que sabemos en cuanto á la territorial, que hay muchas ocultaciones.

El engorde de las reses y ganados, la industria de cebarlos hasta que obtengan una crasitud considerable, el régimen á que hay que someterlos para prepararlos al matadero, es otra de las condiciones que la buena calidad de las carnes exige, que demandan su bondad y mejora de su condición. Es arte desconocido en nuestro país, debe enseñarse y favorecer y alentar al que lo aplique por los medios ya indicados.

CAPITULO VII.

La industria agrícola necesita que existan centros de consumos inmediatos. — Ciudades próximas. — Las aduanas. — Los consumos. — Los acaparadores. — Los puntos. — El servicio militar. — Las fiestas. — El alejamiento de los grandes terratenientes.

La naturaleza de los productos agrícolas, su excesivo volumen hace difícil y costoso su transporte á largas distancias; de ahí la conveniencia que para el labrador resulta de que se encuentren á corta distancia del punto de producción los centros de consumos. Conforme con esta idea nos indica la experiencia que los países industriales son al mismo tiempo excelentes agricultores, pues en ellos la explotación de la tierra se ha perfeccionado más. En ellos está desarrollada la cría de ganados, su mejora; se ha estudiado el arte de cebarlos y engordarlos antes de presentarlos en el mercado.

En España, salvo contadas provincias y algunas ciudades del litoral, en las demás no existe otra industria que la oficial, la de explotar las relaciones y obtener destinos públicos, sacando partido á menudo del presupuesto y del país. El elemento oficial es el único próspero y como es tan numeroso, y aquí para todo se crea un cargo y se monta una oficina, por supuesto con la cicatería consiguiente, y se fabrican

cargos para el paniaguado, resulta que en las capitales de provincia á las que afluye este elemento tan boyante y tan bien cuidado, gracias á él son centros de consumo, y llenos de savia y llenos de vida extienden su benéfico influjo á los pueblos y á las demarcaciones inmediatas, en los cuales la agricultura si bien lucha con los inconvenientes generales que hemos señalado, con obstáculos que crea la sociedad en que vivimos, nuestro mal llamado sistema fiscal y nuestra pésima administración está más atendida, menos falta de capital, es más productiva, porque tiene resuelta el labrador una cuestión importante: la de la venta de sus esquilmos en el momento en que le acomode. La próxima ciudad los absorbe, dándole en cambio elementos y despertando en su alma el deseo de producir más. Las grandes fábricas, los países industriales son asimismo centros de absorción; á su alrededor, la tierra está bien cultivada, la agricultura florece y el cultivador respira, y caso raro, puede atender con desahogo al pago de la contribución. Como improvisar ciudades no es posible, ni la estrategia consiente que se amontonen regimientos en todos los pueblos, como se ha verificado en Alcalá de Henares, haciéndola de paso rica, sólo puede disminuirse el inconveniente estableciendo buenas vías de comunicación, las fluviales allí donde sean posibles, son las mejores, multiplicando bajo un sabio plan las terrestres, y fomentando la industria que está en sus albores en España. La enseñanza agrícola llevará consigo la de industrias con ella relacionadas, y vulgarizado el estudio de la mecánica y el de las ciencias de aplicación á las artes industriales, y menos perfeccionado el oficio de investigador, acaso se fuera paso á paso preparando tan conveniente evolución. La transformación de las primeras materias en el punto de producción resolvería en

parte el problema, que como se deduce, está en íntima relación con el adelanto y el progreso de la industria agrícola. El aumento de producción traería por otra parte, el aumento de la población rural, que ya no acudiría á los centros en que se despedaza el presupuesto, y lentamente se irían formando poblaciones y ciudades donde hoy sólo existen menguados pueblos ó despoblados villorrios, admirablemente situados pero nada más que esto. Su situación no los libra de la miseria.

Es admirable la previsión de la naturaleza; bien estudiadas sus leyes hay que elevarle un templo en nuestro corazón y tributarle rendido culto. ¡Con qué solicitud atiende á proporcionar al hombre elementos de vida! ¡Cómo prevé los accidentes, las contingencias atmosféricas! ¡Cómo limita el mal y cómo multiplica los bienes! Los derrama con abundancia y deja al hombre el dulce cuidado de recogerlos y de utilizarlos; pero si en el mundo, en todo el orbe ocurre eso y todo converge hacia el sér racional, hacia el microcosmos, este favorito de la naturaleza se encarga de esterilizar los esfuerzos de su próvida madre, y lleno de ceguera y de egoísmo, levanta la aduana, idea primero el sistema prohibitivo, y se encariña después con el protector, y dice á la naturaleza: hiciste hermanos á todos los hombres, nos distribuyes tus bienes y nos inclinas al cambio dándonos necesidades variadas. Somos sociales, tenemos vapores que acortan las distancias, puertos que reciben las mercancías, ferrocarriles que las derraman en el interior, carreteras que conducen á los puntos más extremos; vencemos al mar con nuestras naves, al cerro con nuestros túneles, al río con nuestros puentes, mas no podemos más, no sabemos vencernos á nosotros mismos, no nos resolvemos á demoler la aduana. Bien comprendemos que sin ella estaríamos

mejor surtidos; que los años estériles tendríamos el pan tan barato como los abundantes; que usaríamos mejores telas con precios más bajos que las que hoy tenemos; que la industria florecería, que no habría alijos, ni tanto vista, ni tanto carabinero, ni tantas trabas que matan el comercio, ni multas tan exorbitantes que lo afligen, ni esa nube de manifiestos y revisiones que lastiman la dignidad y hacen perder el tiempo, el dinero y la paciencia; pero, qué queréis, el patriotismo, que es el dinero y la ganancia de unos cuantos productores, nos veda hacer la reforma aunque comprendemos que sería un inmenso bien y es una necesidad para las clases menesterosas en particular y para todo consumidor en general. Ya sabemos que la famosa ley permitiendo la libre introducción de cereales en el Reino Unido fué un gran progreso y ha producido allí inmensas ventajas, pero aquella es otra nación y el nuestro un país esencialmente agricultor; por tanto, no nos aventuramos á correr el riesgo de la innovación. Donosos argumentos tan faltos de ciencia como de sentido común. Si tan agricultores somos no necesitaremos que vengan de fuera productos agrícolas, nos bastará nuestra producción, pero ya queda dicho, que si estuviera bien alimentada nuestra población, no bastaría nuestra cosecha, que en un año estéril es muy deficiente y que en todos es preciso, porque así lo demandan la humanidad, la consideración hacia las clases menos pudientes y la lógica, amén de la moral, la caridad y la higiene, que no se recargue el precio de las materias alimenticias con otros gastos que con los de producción y los de transporte; que no se creen otras trabas que aquellas á que la naturaleza nos sujeta, que no se levanten murallas que destruyan los beneficios que la ola derrama en la playa. Que se atienda al consumidor que no puede anular su necesidad, y no se le castigue

creando un privilegio para el productor en cuya mano está mejorar el cultivo y prepararse á la competencia que únicamente puede hacerse en condiciones ventajosísimas para él, que ni corre el riesgo del transporte, ni soporta sus gastos. Sin aduanas participaría un país atrasado como el nuestro, de los progresos realizados en los demás, de los inventos y mejoras en la producción agrícola. Es más: la necesidad nos obligaría á sacudir nuestra pereza y á ponernos al nivel de las naciones más adelantadas, á imitar sus procedimientos y apropiarnos sus inventos, mientras que así, ni nos corre gran prisa el mejorar y el aprender, ni podemos pedir esfuerzos mayores.

Y aun hay algo peor que la aduana que cierra económicamente nuestra frontera, ó al menos la hace abrupta y casi inaccesible á los productos extranjeros; las aduanas interiores, los consumos, ese impuesto inicuo, que á despecho de la ciencia, con mengua de la moral, del derecho á la vida, de las leyes económicas se coloca entre el pan y el hambriento que va á asirle y el necesitado que lo apetece, y le dice, no, no se permite remediar tu necesidad, he contado con ella, he espoleado tu hambre, sé que son escasos tus recursos; pero he aquí el medio de conciliarlo todo: tú te quedas con algo de hambre y me pagas el impuesto, has menester un pan, pues come sólo medio; tienes muchos hijos, mucha necesidad y pocos medios; pues perfectamente, he previsto el caso, tantos panecillos, tantos impuestos; paga aunque tengas hambre, aunque tus hijos perezcan de miseria en proporción asombrosa, aunque tú te hagas criminal. El impuesto ante todo. Ya crearé con él el cementerio y pagaré curas que te entierren, y Registro en que se anote la defunción de tus hijos, y edificaré cárceles que te reciban si te extralimitas. Con este impuesto sólo es imposible la baratura de las

sustancias alimenticias, justamente grava los artículos de primera necesidad y á no disponer de un gran sobrante, no es dable contar con medios para hacer frente á los gastos que una buena alimentación acarrea. Es un impuesto que tiende á dificultar la vida, sigue al producto y aumenta su precio en el mismo mercado. Suprimase y se habrá dado un gran paso en el sentido que indica el tema, se habrán abaratado las sustancias alimenticias. Con él es imposible tal baratura, oponiéndose extraordinariamente á la concurrencia en los mercados. En fin, tal es su índole, tan artera su condición, que el país se estremecerá de júbilo cuando le diga un Scipión desde la antigua aduana de la calle de Alcalá *Cartago delenda est*, concluyó el impuesto de consumos. Voto, porque se concedan al patricio que tal haga, los honores del triunfo. ¿Y los acaparadores? Especulan con la necesidad del labrador, mas si éste no fuera mísero, si tuviera capital el acaparador no prosperaría; nace con la necesidad del campesino, y su ganancia estriba en obtener los artículos de primera necesidad, al precio mínimo, almacenarlos y acechar la ocasión de llevarlos al mercado. Mientras haya necesidades, interin el labrador tenga apuros y carezca de capital ó de crédito para remediarlos, los especuladores en granos harán su negocio. Pero no creo que produzcan grandes oscilaciones en el mercado, pues cuando hacen el acopio disminuye poco la oferta por ser la época de la recolección en la que las trojes rebosan, y en cambio, cuando el mercado pide granos, ofrecen sus reservas y no se encarece el género, lo que de no existir sucedería. De suerte que dadas las condiciones actuales de la agricultura y de los labradores, es un bien la existencia de los acaparadores: por su intermedio sufre el precio de los granos pequeñas oscilaciones, sin tocar al límite de una gran depreciación, ni al polo



opuesto de una gran carestía. En las carnes cuando se llevan al matadero por el dueño, tiene éste que padecer mil quebrantos, á veces sufrir los *puntos*, consentir que el matachín se lleve el dinero por su trabajo y una presa por su propina, sujetar el peso de la res á una tarifa marcada, que excluye por ser desventajosa la presentación de reses bien cuidadas, bien nutridas y de libras, y esto perjudica por igual á la calidad y á la baratura; son inconvenientes que deben desaparecer, obstáculos que en un país bien regido deben removerse. Vigilar el peso y castigar severamente al tablajero faltón y tener veedores que vean bien y con limpieza, son medidas que la higiene y la justicia recomiendan, y que al consumidor ahorrarían mucho dinero, el que hoy obtiene el carnicero que despachando tan sólo cien libras de carne al día, se proporciona una rentita no despreciable.

El servicio militar conspira directamente contra la baratura de las subsistencias. Compónese el ejército de millares de brazos robustos y sanos, arrancados en su mayor parte á la agricultura en el tiempo en que mayores servicios prestan, y en aquella época precisa en que están terminando su aprendizaje. La falta de tan preciados elementos ha de hacer bajar considerablemente la producción. Mas no es esto todo, los ocios del cuartel, el cambio de vida crean en el soldado hábitos distintos; divide en dos partes su existencia y cuando concluye su empeño, con frecuencia no es el excelente cultivador que se transformó en sostén de la patria, es un licenciado con dejos de holgazán, que ha olvidado lo que aprendió, y á quien es difícil soldar ó unir lo que el uniforme desunió. Pero aunque esto no suceda es indudable que hay una pérdida de fuerzas que el servicio militar toma para sí. Una nueva contribución que soporta casi exclusivamente la agricultura y que se

traduce, forzosamente, en una menor producción que hace subir el precio de lo poco que queda. Remedio único hacer voluntario el servicio en épocas normales, mas cuando el peligro de la patria lo reclame todo buen ciudadano debe sufrirlo, aunque se hunda la agricultura, aunque perezca la industria, aunque pierda su vida, á todo se sobrepone el honor é independencia del Estado.

Las fiestas. — Son la pesadilla del jornalero, las fechas de multitud de homicidios y aun de asesinatos, las amigas del tabernero, el martirio de la mujer y de los hijos del menesteroso. Merced á ellas suelen relajarse los vínculos y los lazos de la sangre y contraerse hábitos funestos y amistades peligrosas.

Es un descanso forzoso impuesto al cuerpo del jornalero en perjuicio de su estómago y de sus mandíbulas. Un ocio innecesario que el pobre no sabe en que emplear pues si tiene algún negocio, como todo vaca en ese día, no puede ultimarle; como no trabaja no gana jornal; y como este es su único recurso, es un castigo el que se le impone. Calcúlese la fuerza que se pierde en todos los días de fiesta del año, la producción, por tanto, que se desaprovecha. Suprimidas las fiestas, cuyo fin que yo respeto no es práctico y conduce á resultados perjudiciales, vendría por necesidad á aumentarse la producción y el consumo, é influiría de un modo favorable en el precio del producto, al aumentar su cantidad, al elevar la cifra de lo producido. Con un poco de constancia se vencería ese triste legado de generaciones pasadas, defendido hoy tan sólo por gentes que no se han tomado el trabajo de discurrir sobre las fatales consecuencias que acarrea.

El alejamiento de los grandes terratenientes de los puntos en que radican sus bienes, su indiferencia y su

ineptitud para explotarlos por sí, su escaso apego á la vida de labrador, son un mal puesto que la tierra echa de menos la mirada cariñosa del propietario y las manos mercenarias son parecidas á la influencia de la luz refleja, siempre menos viva, menos activa, menos fecunda que la directa. Además en las ciudades donde viven dilapidan las rentas, parte de las cuales dedicarían á mejoras si comprendieran su utilidad. Los colonos y arrendadores esquilman la tierra, dejan á menudo yermas las que son de inferior calidad. Como todo hecho general este alejamiento reconoce una causa, ó mejor dicho varias. La poca consideración hacia el labrador, la centralización, la falta de seguridad y la de comodidades en el campo, el raquitismo de la vida rural, la moda y las corrientes de la época, la vida absorbente de la corte y de las grandes ciudades, la escasa utilidad que proporcionan las labranzas, la necesidad de politiquear un poco y la de cultivar y adquirir valiosas relaciones, todo esto conspira á convertir al propietario en cortesano. La transformación social, la mejora de lo actual traerá la reforma. Una mayor producción atraerá á los propietarios, los terratenientes acudirán á sus heredades y las labores se llevarán á buen término con las condiciones necesarias.

CAPITULO VIII.

Contribución territorial. — Amillaramiento. — Apremios. — Fin.

La contribución territorial agobia al labrador: en las provincias poco fértiles lo arruina. En 1881 se realizó una reforma importante al disponer se exigiera tan sólo el tanto por ciento al propietario, con arreglo al líquido imponible que se le asigne, pero el cómputo de las utilidades se ha hecho en la década antepenúltima, y aun hoy subsiste plagado de errores, pues ha variado mucho el valor y la renta y no se han hecho las deducciones debidas. Además muchas tierras antes cubiertas de árboles, están hoy abandonadas y siguen contribuyendo cual si fueren productivas. Amén de esto el tipo resulta alto, y siendo la contribución que mejor se presta á una buena administración, tal es el estado de la propiedad en nuestro país que no la tiene, y las dificultades surgen á cada paso. Figuran en los amillaramientos propietarios que murieron hace muchos años, y resulta que el recaudador se dirige contra el heredero que mejor le place, aunque por ejemplo, no posea una sola finca en el término ó pueblo de donde procedan los atrasos, las cuales pueden haber correspondido á otros. De suerte que al rigor de las evaluaciones, á la crudeza de los tipos hay que agregar

los peligros y conflictos que lo deficiente de los amillaramientos, su rigidez, su poca flexibilidad ocasionan.

Se ha mandado que no se hagan alteraciones en los mismos sin que conste la transmisión en documento público debidamente registrado, y como esto queda dicho que en la mayor parte de los casos es imposible, resulta que se perpetúa ese embolismo con perjuicio del contribuyente, y aun á veces con perjuicio del país y de la Hacienda. Los remedios que se han apuntado para la mejora de la titulación son aquí aplicables; mas en el interín bastaría la presentación de una cédula, en que se describiera la finca, firmada por los interesados para hacer la alteración en los amillaramientos, los que deben reflejar el continuo y vivo cambio de la propiedad, y no figurar cuotas exigibles á personas indeterminadas. Debería obligarse también á los herederos á presentar dentro del año bajo su responsabilidad, relación descriptiva de las fincas que heredan. Evitaríanse por tan sencillo modo muchos apremios, muchos vejámenes y gastos, que en último término perjudican á la agricultura. El perjuicio encarece los productos y los capitales huyen y los gastos se aumentan, resultando la más onerosa de las riquezas.

La transformación que con el transcurso del tiempo sufren las fincas, debiera también reflejarse en los amillaramientos, bastando tan sólo la declaración del interesado, sin perjuicio de la comprobación administrativa.

Respecto á las cartillas evaluatorias diremos que deben reformarse, expidiéndose con la mayor escrupulosidad y en vista de datos completos y numerosos elegidos con tino, buscados con esmero por la administración, tomando por base el precio usual y corriente de los arrendamientos, pues localidades hay en las que ofrecen las fincas por el pago de la contribución y no se halla quien

las tome, lo cual arguye que el impuesto es crecidísimo y que no se exige en proporción á las utilidades.

Respecto á los procedimientos de apremio contra el deudor moroso, que muchas veces sólo merece el calificativo de pobre, sería preciso que se le permitiese optar entre el pago de la contribución y de los recargos ó ceder la finca, pues ocurre que se acumulan los atrasos y absorben éstos el valor de las fincas, ó bien que al propietario no le conviene labrarlas y las deja yermas, y el recaudador le embarga y vende otros bienes, cuando lo natural es que se eche mano de aquellos que originan la deuda y no es legal obligar á nadie á cultivarlos contra su voluntad, ni es lícito suponer que producen cuando ninguna utilidad reportan á su dueño.

Tampoco debe serles lícito dirigirse contra otras personas que las que resultan como dueñas en el amillaramiento, y en su defecto contra las fincas cuya contribución esté en descubierto, limitando á un año la responsabilidad de éstas.

En punto á la contribución exigiéndola con igualdad, acabando con las ocultaciones y haciendo responsables á los ocultadores, cuando la ocultación esté muy marcada y exceda de cierto límite, respecto á la cantidad y á la calidad, podrían disminuirse y suavizarse los tipos, manteniendo la cifra de nuestros presupuestos.

Después de haber enumerado los muchos obstáculos con que el labrador lucha, los grandes peligros que cercan su hacienda, los grandes afanes que le ocasiona la recolección, las continuas zozobras que la defensa y la colocación de sus productos le acarrea, no parecerá extraño que digamos que es natural la depreciación de las tierras y la escasez de nuestra producción, é inevitable, ínterin no se hagan las reformas oportunas, la carestía de los productos. El tierno potro se desarrolla y crece, sin que el más pequeño peso ofenda su lomo. Su

debilidad sólo consiente la acariciadora mano del pastor; cárguese antes de tiempo y se impedirá su desarrollo y se obtendrá un jacucho enteco, mal pergeñado y raquítrico. Mas por el contrario, si se le deja durante el tiempo necesario á su crecimiento y que su naturaleza demanda, lo veréis convertirse en un ágil y robusto corcel, en un excelente bruto que desempeñará con brío y con soltura las faenas ó los servicios que se le encomienden.

Lo mismo pasa á nuestra agricultura; está en sus albores, se le ha cargado mucho y no puede desarrollarse; da escasos frutos y éstos son caros, porque es más costoso el producto de un sér débil que el de otro fuerte y bien constituido.

He concluído y sólo me resta pedir benevolencia á los dignos é ilustrados señores que han de examinar este mi pobre trabajo, considerando que guía un buen deseo al autor y que ha dispuesto de muy poco tiempo.

INTER FOLIA FRUCTUS.



INDICE

	PÁGS.
INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO PRELIMINAR.	
La carestía de los artículos de primera necesidad. — Alcance de la palabra <i>subsistencia</i> . — Cosmopolitismo del hambre. — Efectos de la miseria. — Máximum y mínimum de la necesidad.....	11
CAPÍTULO PRIMERO.	
Causa de la carestía de subsistencias. — Ojeada retrospectiva. — Importancia de la agricultura y de la ganadería. — Estado actual de nuestras clases labradoras. — Elementos de la producción. — Materia. — Jovellanos y su época en parangón con la nuestra. — Estorbos que subsisten. — Fuerza. — Trabajo del hombre.....	17
CAPÍTULO II.	
Más sobre las causas de la escasez de nuestra producción. — Se utilizan poco las aguas. — Arbolado. — Abonos. — Debilidad del trabajador. — Se alimenta mal. — Es poco instruído. — Trabaja mal. — Prepara imperfectamente los productos.....	38
CAPÍTULO III.	
Nuestras carnes y nuestros mercados. — Inventario. — La reglamentación en nuestros mercados. — Se consume poca carne y decae la cría. — Transportes. — Aduanas. — Consumos.....	43
CAPÍTULO IV.	
Efectos de la carestía de subsistencias: Su clasificación. — <i>Físicos</i> : Despoblación; Mala y escasa alimentación del obrero; Sus efectos. — <i>Políticos</i> : Emigración; Comunismo; Sociedades secretas;	16



Las huelgas; Revoluciones y guerras civiles. — *Morales*: Crímenes; Poca fuerza en las costumbres; La taberna; Perversión de niños hambrientos; Prostitución; Empleomanía; Mal empleo de los capitales del labrador; Desequilibrio lamentable..... 52

CAPÍTULO V.

Mayor producción. — Consideración hacia el labrador. — Seguridad en los campos. — Justicia asequible é inmediata. — Buena administración. — Medios prácticos para titular la propiedad. — Refundición y mejora de las leyes hipotecaria, de enjuiciar y Timbre. — Catastros..... 76

SEGUNDO GRUPO

Conquistar tierras. — Mejorar los cultivos. — Alumbramientos de aguas. — Facilitar capitales al labrador. — Creación de bancos agrícolas locales. — Crear cotos redondos. — Cultivo intensivo. — Caseríos. — Guardia rural. — Estabulación de los ganados. — Aumento de éstos al tenor de la población rural. — Buenos caminos..... 94

CAPÍTULO VI.

Instrucción del labrador. — Formación de capataces y mayores. — Ideales del labriego. — Cría de las reses. — Mejora de razas (afinación). — Cebamiento de las reses..... 101

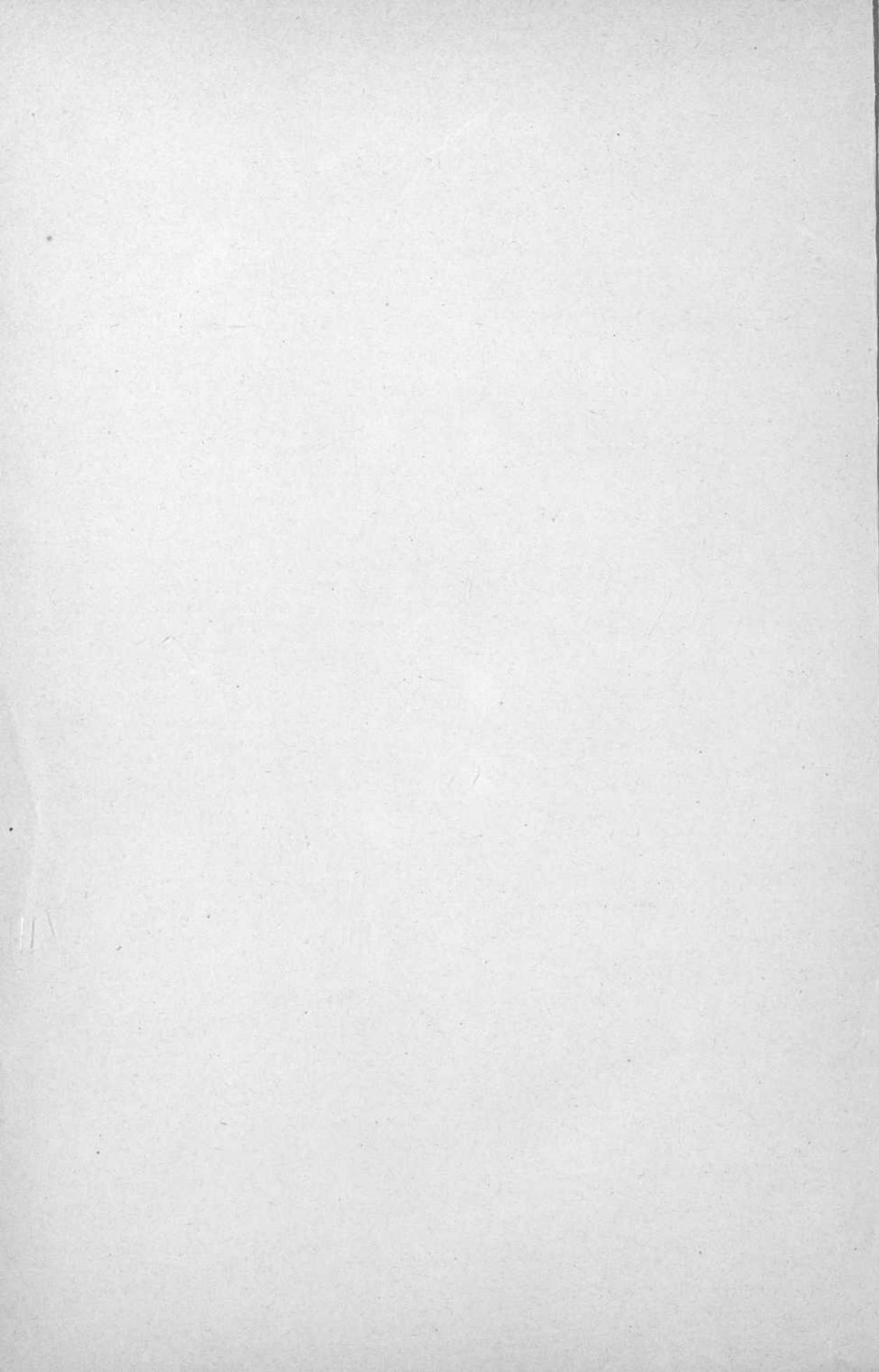
CAPÍTULO VII.

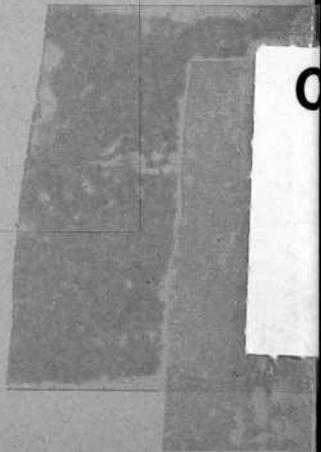
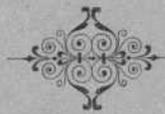
La industria agrícola necesita que existan centros de consumos inmediatos. — Ciudades próximas. — Las aduanas. — Los consumos. — Los acaparadores. — Los puntos. — El servicio militar. — Las fiestas. — El alejamiento de los grandes terratenientes..... 108

CAPÍTULO VIII.

Contribución territorial. — Amillaramiento. — Apremios. — Fin.... 117







CA

(JERVIKON. —

Qumrosta de subsistencias.